PQ6565
.S4
F5
1878

Library
h Carolina
I.C. 27514
O
CF
C
SR
ST
Cl Sep.
C
SR
Init.
Y-LC
NO.
YEAR
VOL.
COPY
PT.
TITL

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ6565
.S4
F5
1878

a 00000 16060 3

KC
C
PQ6565
S4
F5
1878

FISONOMIAS
CONTEMPORÁNEAS

CURIOSA COLECCION

DE APUNTES DIGNOS DE ESTUDIO

POR

JOSÉ SELGAS

COATEPEC
IMPRENTA DEL ALBUM,
á cargo de Manuel M. Rebolledo.
1878.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/fisonomiascontem00selg

CUATRO PALABRAS.

No hay duda de que conservamos todavia cierto órden categórico, que aunque no sea más que mera apariencia, nos permite adornarnos con las insignias de las gerarquías. Es un punto de vista puramente pintoresco, vana superficie, nada más que perspectiva; porque en el fondo hemos llegado á esa familiaridad que nos autoriza á mirarnos unos á otros por encima del hombro.

No es ciertamente la igualdad lo que hemos conquistado, sino más bien la confusion. Nadie es más que otro, y todos son ménos que uno. Cada cual se ha hecho á sí mismo superior al resto de los hombres, y al sumar el conjunto de tantas unidades superiores, resulta la sociedad en que vivimos, esto es, *yo*, *yo* aquí, *yo* allí, *yo* arriba, *yo* abajo, *yo* en todas partes, *yo* siempre.

Ello es que no hay clases, pero en fin hay especies que se distinguen entre sí por rasgos que les son peculiares, y el propósito que me tiene con la pluma en la mano se reduce á bosquejar fielmente los tipos de cada una de esas especies tal y como la sociedad moderna me los ofrece.

He llegado á creer que se muere mucha gente sin conocer la época en que ha nacido y la sociedad porque ha pasado, como si la intimidad en que vivimos y la familiaridad con que nos tratamos, nos dispensara de la obligacion de conocernos.

Sospecho que no se pierde gran cosa en pasar por el mundo ignorando las flaquezas de la vida, porque el conocimiento de los hombres no es una ciencia que suele llenar el ánimo de regocijo. Mas acerca de este punto cada cual hace su composicion de lugar, y no todos se resignan á vivir en tan alegre ignorancia.

Los lectores son por lo regular curiosos; es un título que nadie les niega, y que por lo tanto, lo disfrutan por el consentimiento unánime de cuantos escriben para ellos. Pues bien; el curioso lector no es siempre un sér tan desocupado que pueda consagrar su vida á la tarea de estas ociosas indagaciones, y bueno es que alguna vez sepa por dónde an-

da, con qué gente se codea y en qué tiempos vive.

Tal vez se contriste su ánimo, si acerca de los hombres y de las cosas ha echado las cuentas del gran capitan, al ver que no es oro todo lo que reluce; pero en fin, puede ser tambien que se eche el alma á la espalda, haga de su capa un sayo, y tome el asunto á risa.

Ya lo sé: es mucho más fácil adular que corregir. Dichoso el espejo que embellece las monstruosidades y hermosea las imperfecciones, porque ese es el último refinamiento de la lisonja. La tarea de los antiguos cortesanos encerraba cierta sombra de sentido moral, suponia cualidades y virtudes para enaltecerlas. Ahora no; se toman las degradaciones y los vicios, se acogen y se enaltecen.

Estamos de acuerdo en que las majestades de la tierra bajan desastrosamente, mas no se van del todo, porque nos dejan los palaciegos. El poder de nuestra sociedad debe ser grande, en razon á que sus antesalas están llenas de cortesanos.

La verdad va siendo cada vez más rara, más inconcebible, más insoportable: casi da ya miedo de tener razon. Sin embargo, yo me atrevo alguna vez á incurrir en la extravagancia de tenerla.

A pesar de que en el mundo todo se ha convertido ya en política, puedo asegurar que en las presentes páginas no me propongo acercarme, ni en cien leguas, á eso que llamamos la gestion de los negocios públicos, porque nada nuevo tengo que decir del concierto de los partidos ni del juego de las instituciones.

Me inspira mucho más interes la Sociedad que el Estado.

Aquí tiene, pues, el lector el primer tomo ó la primera série de las *Fisonomías* que el mundo en que vivimos me ha ido presentando con la perversa intencion de que las copie, y yo; inocente de mí, al verlas he caido en la tentacion de copiarlas.

I.

VISTA EXTERIOR.

El género humano siempre ha sido el mismo, porque despues de Adan ningun hombre puede atribuirse una verdadera originalidad. Pero, vamos, cada época tiene rasgos distintivos que le son peculiares, de tal manera, que algunas veces, así á primera vista, no parecen todos los hombres individuos de la misma especie.

Nuestra época no es ciertamente una novedad que podamos ofrecer á los curiosos como cosa nunca vista. Es una época que tiene algo de los últimos tiempos de Babilonia, que tiene mucho de los últimos dias de Grecia, y que bien puede compararse con el último período de la antigua Roma; podria decirse que el hombre moderno es ya bastante viejo en el mundo; mas sea como quiera, nadie se atreverá á despojarnos de este aire de juventud que nos anima, porque,

confesémoslo con candorosa ingenuidad: á frescura no hay quien nos gane.

En nuestro aspecto exterior sobre todo hay algo, digámoslo así *sui generis*, que nos aleja de toda semejanza con los hombres de los tiempos antiguos. Yo no comprendo á Ciceron con frac ni mi imaginacion se presta á representarse á Julio César con botas de montar, y esto significa que existe entre el traje y el hombre una relacion análoga á la que hay entre el fondo y la forma, el pensamiento y la palabra, el cuerpo y el alma. El grande hombre de la antigüedad á quien más admiremos no podrá resistir esa prueba sin perder á nuestros ojos todo el prestigio de su grandeza. Ante Alejandro ó Sócrates despojados de sus mantos y de sus túnicas y metidos en las estrecheces de nuestros pantalones, en la holgura de nuestros gabanes y bajo las alas de nuestros sombreros de copa, ó bien engalanados con cualquiera de nuestras casacas militares con su correspondiente sombrero de tres picos, no nos será posible contener la carcajada. En cambio elegid al hombre más extraordinario de nuestra época y colgad de sus hombros la capa de Josef, la túnica griega ó el manto romano, el ferreruelo de Cervantes ó la armadura de Cárlos V, y tendreis al sér más ridículo de la tierra.

Y bien; ¿es esto un mero capricho de la costumbre.....? No; esa exterioridad que puede parecer indiferente y que es cada vez más mudable en sus pormenores y en sus accidentes, viene á ser la primera fisonomía de cada época. Así como por la expresion del rostro se infiere la situacion del ánimo, de la misma manera por las originalidades del vestido se puede penetrar en la índole de una generacion y de un pueblo. Sí; hay algo en el vestido que revela el modo de ser moral de cada época. Nosotros que naturalmente vivimos entre nosotros, no hemes reparado en la singularidad fisonómica de nuestros trajes, y al encontrarnos dentro de ellos, no siempre cómodamente, nos parecen tan propios, tan naturales, tan hechos á nuestra medida, que no comprendemos cómo en las edades pasadas han podido los hombres vestirse de otra manera, y hasta puede parecernos que hemos llegado á obtener los fundamentos permanentes del ropaje humano.

Desde luego en el aspecto exterior que ofrecemos á la consideracion de un observador curioso descubrimos cierta tendencia bastante marcada á desfigurarnos. No seria tan fácil como creemos, averiguar que es un hombre el que respira dentro de un frac ó debajo de un gaban, si la costumbre no nos

tuviese acostumbrados á las deformidades de la *moda*. Como si quisiéramos renegar de nuestro orígen y renegar de nuestra ascendencia, parece que nos empeñamos en ocultar las nobles líneas con que fué trazada la figura humana. Hay en nuestros trajes una verdadera vulgaridad, y las exageraciones del capricho que dictan las incontestables leyes de la *moda* solo sirven para hacerlos grotescos; en vano buscareis en ellos ni sencillez, ni gracia, ni belleza, ni majestad. Cualquiera que sea la distincion que hemos convenido en concederle al frac es, estéticamente considerado, una prenda innoble, y el arte que inmortalizó á Fidias no encuentra la manera de elevar á la dignidad de la estátua la imágen del hombre moderno.

Si nos es lícito deducir algo del aspecto suntuario que nos adorna, podemos decir que hemos nacido en una época resueltamente anti-artística, y valiéndome de una palabra tambien moderna, añadiré *cursi*. Pero en cambio se ha establecido una especie de uniformidad por medio de la que todos somos iguales ante la ley momentánea de la *moda*. En nada se advierte tanto el espíritu á la vez democrático y aristocrático de nuestro siglo como en el prosáico ropaje con que cubrimos nuestras personas. Confieso ingé-

nuamente que en algunas ocasiones no he sabido distinguir un lacayo de un duque. En cuanto á las mujeres, ¡cuán monstruosamente se embellecen!.... ¡Qué extravagancia tan inagotable de peinados, de faldas y de sombreros....! ¡Qué gusto tan deplorable en los adornos y en los colores....! ¡Dios mio, qué sobrefaldas.... qué cogidos, qué bullones...! Y en medio de todo, ¡qué inquietud tan incansable...! ¡Qué novedad tan contínua...! Cuatro veces al año por lo ménos hay que cambiar de cortes, de telas, de adornos y de colores. La elegancia, si puedo llamarla así, de nuestros dias, no tiene sosiego, se cansa de sì misma con una volubilidad increible; todo lo acepta en el acto, pero todo lo desecha inmediatamente; si busca algo, preciso es convenir en que no lo encuentra; pasa de una extravagancia á otra, de una ridiculez á otra; mas que el capricho parece la locura....

Decididamente no nos gustamos: nuestra *toillete* contínua, incesante, nos presenta á nuestros ojos cada vez más feos.... por eso desechamos hoy la tela, el corte, el adorno, que ayer acogimos. Al pronto, sí, muy bien, ¡qué novedad! ¡qué gracia! ¡qué belleza! Pero al dia siguiente, el encanto se ha disipado.... la novedad, la gracia, la belleza se ha desvanecido, y entónces ¡qué horror....!

¡qué vejez....! ¡qué fealdad! Puede decirse que nos desconocemos de un dia á otro y que al volvernos la espalda nos reimos de nosotros mismos. Acaso por medio de esa transformacion constante pretendemos conseguir la juventud perpétua presentándonos á nuestros propios ojos como una sociedad siempre nueva. Mas ello es que cada novedad que altera los accidentes de nuestros vestidos viene á ser un testimonio auténtico de la fecundidad del mal gusto.

En las comarcas apartadas de las grandes ciudades, en las aldeas, en los campos, conservan las gentes sus vestidos históricos; allí la tradicion es la moda; los adornos y los colores están siempre en relacion con la viveza ó la melancolía del paisaje que las rodea, se puede creer que el *figurin* á que se amoldan es la naturaleza, ese vejestorio siempre antiguo y siempre nuevo: la sencillez es, por decirlo así, el *patron* de sus trajes..... nada hay en ellos que embarace la soltura de los movimientos; parece otro pueblo, otra generacion, otra gente.

Nosotros no podriamos avenirnos á esa estabilidad inalterable, porque la inconstancia de nuestro carácter, la movilidad de nuestras costumbres, y la impaciencia de nuestros pensamientos, exigen la transformacion con-

tínua de nuestros trajes.—Es preciso que el talle suba y baje, y vuelva á subir y vuelva á bajar con precipitacion tan contínua que no esté nunca en su sitio; es necesario que el pantalon se ensanche y se estreche alternativamente, que las faldas pasen del abandono de las colas al recogimiento de los cogidos; hoy *hacen furor* las mangas anchas, pero al dia siguiente hay que sujetar el brazo á los rigores de la manga estrecha. Los sombreros no descansan ni un momento, se alargan y se encogen, ya adoptan la forma de una campana boca arriba, ya dan media vuelta y se convierten en una campana boca abajo, tienden las alas y las recogen, y apénas las recogen cuando vuelven á tenderlas,—parecen condenados al suplicio de una convulsion interminable.—Nuestra sociedad forma un oleaje de mangas, de cuellos, de solapas, de faldones y de sombreros, que cambia incesantemente, que va y que viene, que sube y baja, que, como las sombras de los cuadros disolventes, se disipa para volver de nuevo. Nada más fantástico que esa movilidad en que vivimos.

Y no es este un rasgo especial de la sociedad civil; porque, advertidlo bien,—los uniformes militares padecen la misma inquietud. ¡Cuánta variacion....! ¡qué diversi-

dad tan contínua de aspecto....! El ejército tambien es preciso que siga las volubles leyes de la *moda*.—Hoy es uno, pues bien, mañana os parecerá otro; mas no os dejeis engañar por la variedad de las apariencias, porque es el mismo; en todo ello no hay más que,—lo diré vulgarmente,—simples cambios de casaca.

Si las irregularidades de la aguja, encargada de señalar en la esfera del reloj la hora en que nos encontramos, descubren la descomposicion de la máquina, acaso nos sea lícito deducir de la agitacion exterior que acabo de indicar el desórden interior de nuestro espíritu, pero en realidad eso sería discurrir como un relojero, y échese por donde se quiera, un reloj no es un hombre. Ademas mi objeto al empezar las páginas del presente libro, no es otro que el de descubrir á los ojos del lector los rasgos más originales de nuestra comun fisonomía.

Las generaciones que nos han precedido en el camino de la vida, se estancaban largos períodos de tiempo en el uso de unos mismos trajes. Cada época, cada nacion, cada pueblo tenia el suyo; más aún: las jerarquías sociales se distinguian por el vestido; las profesiones, los oficios tambien tenian los suyos; de modo que cada uno iba dicien-

do por todas partes lo que era. ¡Santo Dios, qué algarabìa, qué desórden! Pero no paraba aquí la cosa: la edad no se contentaba con los signos naturales de la vejez, y añadia al corte y al color del ropaje la grave austeridad que dan los años; los magistrados, los doctores, la autoridad en todas sus categorías llevaban la seriedad de su carácter en la seriedad de sus vestidos. ¡Demonio! Habian tomado al pié de la letra los papeles respectivos que representaban en aquellas sociedades, y no habia manera de sacarlos del rigor, digámoslo así, suntuario que á cada uno correspondia. Pudiera creerse que no querian olvidarse ni por un momento de lo que eran. ¡Oh, qué vanidosos! Así vivian años y años como si tal cosa.

Nosotros.... ¡Qué diferencia! Paris y Lóndres dan casi diariamente la medida, el corte y los tejidos, es decir, la materia y la forma con que ha de vestirse el mundo civilizado, y desde este punto de vista no se distinguen ya más que dos naciones cultas sobre la tierra, París y Lóndres. Todos somos medio ingleses, medio franceses, segun las oscilaciones del *figurin* dominante, y hé ahí borradas las fronteras y confundidas las nacionalidades á la sombra del traje universal. Y este gran paso hácia la unidad, ó me-

jor dicho, hácia la uniformidad de la especie humana, presenta en la sociedad moderna sus caractéres propios, esto es, la deliciosa confusion en que vivimos. El vestido ha orillado la dificultad de las diferencias. La ley comun del traje nos ha igualado real y verdaderamente á todos de tal manera, que no hay modo de evadirse del imperio absoluto de esa ley niveladora. Visto un hombre civilizado, están vistos todos, y en Europa sólo los turcos se permiten no vestir á la europea. Las tenaces desigualdades de la sociedad han desaparecido á la vista por lo ménos, y la edad misma sería una para todos si la naturaleza no estuviese empeñada en conservar la impertinencia de las canas y la antigualla de las arrugas, porque en nuestros famosos dias lo mismo se viste un jóven que un anciano, lo mismo se visten las niñas que las viejas.

Antes un Rey era un manto de púrpura, un cetro, una corona y una espada. Su persona no abandonaba nunca la majestad de las insignias reales. Bah, como si no pudiera dejar de ser Rey nunca. Pues bien, ¿qué es el Rey moderno? ¡Oh amable sencillez! Es un *frac*, un *gaban*, una *americana*, ni más ni ménos. Es verdad que aún para ciertas solemnidades deja el frac, el gaban ó la ame-

ricana, y se cuelga el manto, se cala la corona, empuña el cetro y se ciñe la espada; arreos augustos, pero demasiado incómodos para el uso que ahora hacemos de la vida. De esta *toilette* extraordinaria se despoja inmediatamente que termina el espectáculo, y vuelve á la sencilla insignificencia de su frac, de su gaban ó de su americana; los próceres, los magnates, los magistrados, todos hacen lo mismo, y la gran decoracion desaparece, como un recuerdo que se olvida, como una sombra que se desvanece, como un sueño que se disipa, y todos vuelven á la familiaridad universal del traje comun.

La sociedad desnivelada por un momento se rehace, y adios majestad, dignidades, jerarquías. La perspectiva se rompe al tocar la realidad, como el vidrio al chocar con el bronce. Todas esas majestuosas vestiduras nos deslumbran algunos instantes, es un relámpago jerárquico, que pasa pronto; disfraces que sólo brillan una mañana ó una noche. Disfraces para representar la autoridad, la justicia, el mérito y los honores en esos grandes espectáculos que todavía nos permitimos como simples recuerdos de lo pasado; porque nuestra fisonomía propia, original, característica es el frac, el gaban, la ameri-

cana, estas son las tres formas corrientes del sér moderno.

Rempióse para siempre la tremenda vara del alguacil, y ya sólo podemos soportar el amable rewolver del agente de órden público que vigila detrás de la esquina.

Si se observa con alguna atencion, se advierte fácilmente que el rewolver es una faccion importante en la fisonomía de nuestra época. Es por una parte el adorno necesario de la autoridad, y es al mismo tiempo el dije indispensable del ciudadano. Suprìmase este ingenioso detalle, y la civilizacion que tan tiernamente nos estrecha habrá perdido toda la originalidad de su gracia.

II.

VISTA INTERIOR.

Es posible, y áun probable, que la historia, apropiándose ese magisterio supremo con que la vemos juzgar los hombres y las cosas que han pasado, erigiéndose en tribunal inapelable á título de posteridad, mire con cierto desden las hondas agitaciones de nuestro siglo, y nos presente á la faz del mundo venidero como una generacion frívola, insustancial, aturdida, rematadamente loca. Acaso no vea en nosotros más que una coleccion variada de aventureros, y nuestros hechos no los considere más que como una série de ruidosas calaveradas. Es de temer, que arrastrada por un arranque de mal humor, frunza el entrecejo, y en un momento de hipocondría nos denigre á los ojos de los tiempos futuros, lanzando nuestro nombre al desprecio de las sucesivas posteridades, diciendo:

"Tuvieron bastante talento y bastante ciencia para destruirlo todo, y no alcanzaron ni sabiduría, ni genio para crear nada."

Muy bien. Este podrá ser poco más ó ménos el juicio con que nos honre, y vaya usted á impedirle que se despache á su gusto. En la imposibilidad de sobornarla, no nos queda más recurso que abandonar nuestra causa á las injusticias de su fallo. ¡Ah... una historia asalariada nos vendria de molde....!

Ciertamente no legaremos á la posteridad ninguno de los grandes descubrimientos que forman época en la historia del mundo, porque cualquiera que sea el mérito de nuestras invenciones, no nos será permitido decir que hemos inventado la pólvora. Aquí, en la intimidad de la confianza, en el seno, digámoslo así, de la familia, bien podemos confesarlo. Bueno que el vulgo, dispuesto á prestarnos su inocente credulidad, viva persuadido del poder de nuestro genio; no hay para qué disipar ante sus ojos atónitos el encanto de los prodigios que obramos, porque no ha de ser él el que vaya á registrar el gran inventario de la herencia que hemos recibido de los siglos pasados. Guiñémonos los ojos al vernos, como los *augures* de Roma, y gocemos el *usufructo* de esa gloria vitalicia que nosotros mismos nos hemos adjudicado. Des-

pues de todo, el espectáculo que presenciamos tiene el aspecto de una comedia casera, en la cual no hemos de ser nosotros los que nos neguemos la admiracion y los aplausos.

Pero la historia... ¡ah, la historia! esa mano invisible que va detras de todos los siglos anotando sus grandezas y sus miserias; esa mirada penetrante que escudriña hasta los últimos rincones de los hechos que anota; esa vieja, curiosa y habladora, en fin, que todo lo averigua y todo lo cuenta, no ha de creernos por el simple testimonio de nuestras propias alabanzas, ni ha de tomar por documentos auténticos nuestras palabras; y si como es de presumir, se empeña en descifrar el enigma de nuestra grandeza, buscando en el fondo de tantas engañosas apariencias la triste realidad de las cosas, entónces.... ¡estamos frescos!

Ella deja pasar los hombres y los sucesos, y apartada del torbellino de la vida, espera que la muerte imponga silencio á la presuntuosa algazara del siglo, y sin contar con nadie, registra los archivos y las bibliotecas, pregunta á los monumentos é interroga á las ruinas; las letras y las artes le descubren la moral y las costumbres; ordena los hechos y los comprueba; pesa los vicios y las virtudes; mide la altura de la verdadera sabiduría,

y sin dejarse deslumbrar por el vano esplendor de las falsas grandezas, decreta la admiracion ó el desprecio, la gloria ó la ignominia.... ¡Ah, pícara historia....!

Es verdad que al venir al mundo nos hemos encontrado, sólidamente construidos, los fundamentos de todas las ciencias, la literatura elevada á los más grandes prodigios del ingenio humano, el arte victorioso mostrando á nuestro asombro las maravillas de las obras maestras, la religion verdadera llevando la luz del amor divino á comarcas impenetrables, la moral definitiva esparciendo por la tierra la semilla de todas las virtudes. La antigüedad, como si quisiera recordarnos el valor de nuestra nobilísima ascendencia, nos ha transmitido en el curso sucesivo de las generaciones pasadas séries admirables de grandes hombres, genios, héroes, mártires, sabios y santos. Grandiosos monumentos, semejantes á piedras miliarias, señalan sobre la tierra el paso de la especie humana. Nos hemos encontrado la familia constituida, la sociedad formada y un nuevo mundo añadido á la estrechez de la tierra.

Ciertamente hemos nacido demasiado tarde, y aunque nos cueste mucho trabajo reconocerlo, casi todo lo hemos encontrado hecho. Es sin duda alguna un chasco para

nuestro amor propio, que tantas generaciones se nos hayan anticipado en la tarea de la vida, usurpándonos el privilegio de ser los primeros. Mas hé aquí que nos proponemos hacer creer que el género humano empieza en nosotros, y que hasta ahora no ha sido más que el embrion de nuestra especie; y ante la idea de conquistar tan gloriosa primogenitura, se ha desatado el furor de nuestra actividad. Por de pronto, y como si en las edades pasadas se hubiesen agotado los errores, hemos desenterrado todos los antiguos. La urgencia del caso no nos permitia crear nuevas teorías, y vistiendo aquellos delirios con la novedad de las apariencias hemos agitado el mundo con el vértigo de la filosofia moderna. De un salto hemos retrocedido á las oscuridades del paganismo, y colocando la ciencia en el cáos de todas las dudas, abrimos las puertas de la inteligencia diciendo: "Todo está averiguado y no hay nada cierto."

Asì, desechada la Revelacion por orgullo y la Redencion por soberbia, hemos entregado la sabiduría humana al libertinaje de la razon, sustituyendo las creencias con las opiniones, el reposo de la Fe con el desasosiego de la incredulidad, y el mundo moral divinamente construido con lo que, si se me

permite, podré llamar la orgía de la ciencia.

Desembarazado de este modo nuestro espíritu de las preocupaciones de la religion y de las quimeras de la moral, hemos apartado completamente los ojos del cielo para no ver más que la tierra. No era cosa de dejarnos seducir por la poesía de un orígen excelso, y sea como quiera, hemos hecho de la naturaleza nuestra casa de maternidad. La tierra nos ha producido por un capricho inexplicable de la materia, y abandonándose á una generosidad inaudita, nos ha concedido una inteligencia de que ella carece, nos ha dotado de una voluntad que á ella misma le es desconocida; somos hijos de una ciega casualidad, ó lo que viene á ser lo mismo, á nadie le debemos ni nuestra vida ni nuestras facultades, y hé aquí conciliados dos términos que parecian opuestos: la razon del hombre y la libertad del bruto.

Aquí empieza el afan incansable de la vida moderna, la agitacion contínua del espíritu y la rebelion impaciente de los apetitos. Concedido á los intereses materiales el honor supremo de la omnipotencia y haciendo del oro la divinidad que adoramos, le rendimos el culto propio de su majestad; el

culto de los placeres. ¡Esta sí que es religion positiva!

Jamas las ciencias naturales y las ciencias exactas han sido más útiles, ni nunca el comercio y la industria han alcanzado mayores ventajas de sus ingeniosas aplicaciones: no es posible negarlo. Por todas partes brotan nuevas máquinas, nuevos instrumentos, nuevas combinaciones. Parece que la naturaleza, cansada de guardar sus últimos secretos, nos los ha confiado todos: solo las regiones del polo se resisten con salvaje tenacidad á las desastrosas exploraciones de la geografía, y el centro de Africa se niega á descubrir los misterios de su existencia; pero el resto del mundo es nuestro: el itsmo de Suez se abre como un libro, el vapor encarcelado rompe el seno de las montañas y corre rugiendo de un extremo á otro de la tierra, y la electricidad encadenada, esto es, el rayo sujeto á la fragilidad de un alambre, lleva con la rapidez del relámpago nuestra voz á las regiones más apartadas.

Si la historia no reconoce el mérito extraordinario de esos prodigios so pretexto de que no hay en ellos más que meras aplicaciones de conocimientos adquiridos mucho ántes de nuestra aparicion sobre la tierra, ¿dónde, podremos preguntarle, en qué cien-

cia estaban anunciadas las maravillas del *daguerreotipo?*—Nadie habia sospechado la existencia de ese secreto tan cuidadosamente guardado en el último rincon de la cámara oscura; la novedad del suceso nos pertenece íntegra. Desde los encantos de la fotografía hasta las portentosas virtudes de la *Revalenta arábiga*, hay una larga série de descubrimientos que por todas partes y de mil maneras fecundan los manantiales inagotables de la industria moderna.

Mas, bien podemos abandonar al desden de las futuras edades el mérito original de esas invenciones con que diariamente las ciencias dan contínuo alimento á la vida del comercio, porque realmente nuestro orgullo se funda en aquellos adelantos que forman especialmente la fisonomía más característica de la civilizacion, que nos rodea de prosperidades.

Desde el momento en que la filosofía, entregada á las flaquezas de la razon, sin más guía que ella misma, ha venido en los tiempos presentes, como en los tiempos antiguos, á caer en el abismo de las negaciones, sin haber podido adquirir el fundamento de ninguna verdad permanente, la sociedad, sin saber á qué atenerse entre la diversidad de tantos pareceres, de tantas contradicciones

y de tantos sistemas, burlándose á la vez del *Yo* de *Fichte*, de la *razon pura* de *Kant*, de la *unidad absoluta* de *Hegel*, y del *contenido no causado* de *Krause*, ha echado sus cuentas, y golpeándose suavemente el bolsillo, ha dicho: "Oros son triunfos."

II.

El paganismo, lo mismo en Grecia que en Roma, fué el culto de muchos dioses; cada pasion, cada vicio tenia su divinidad protectora; todas las degradaciones humanas tuvieron su altar, y el Olimpo vino á ser el teatro de todas las prostituciones, y los actores de esa comedia vergonzosa eran los mismos dioses: todas aquellas divinidades fueron muy inferiores á los hombres que las adoraron. Resucitar aquel paganismo grosero, levantar altares á aquel Júpiter mujeriego, á aquella Vénus lasciva, volver á las vergonzosas sandeces de la mitologìa, no era cosa digna de nuestra civilizacion; retroceder al principio del *renacimiento*, cuando estamos á punto de recoger sus últimas consecuencias.... ¡Qué absurdo!

Paganismo, sí; porque él está de acuerdo

con nuestras pasiones, conforme con nuestros vicios, digámoslo así, identificado con nuestras sensualidades. Sí, paganismo en la ciencia, en la moral, en el arte, en las costumbres.... Bien; pero ¿con qué dioses? La dificultad no era floja. Estúdiese la historia de todas las falsas religiones que han corrompido las verdades de la revelacion, y advertiremos cuán difícil es ya inventar nuevos dioses. Sin embargo, la cosa estaba hecha; del fondo mismo de las tinieblas del excepticismo filosófico, de las profundidades del cáos en que flota perdida la razon libre, brota sobre la tierra el nuevo Olimpo: aquellos dioses sin virtudes debian ser reemplazados por divinidades sin alma, porque despues de aquellos númenes sin conciencia, solo podiamos rendir el homenaje de nuestra adoracion á deidades sin entrañas, y los intereses materiales fueron declarados dioses tutelares de la sociedad moderna.

Las ciencias han sido las primeras que se han acercado al altar de estos nuevos dioses á rendir el tributo de sus ofrendas.

"Nuestros adelantos, exclama un periódico inglés, han sido limitados más ó ménos á lo que directamente conduce al desarrollo de la riqueza. No tienen relacion más que con el mundo inanimado, con el mundo en

que solamente se cuenta, se pesa y se mide. Hemos despreciado el espíritu, para dedicarnos á la materia bruta." La riqueza: hé ahí, en efecto, la deidad definitiva de la edad presente.

Pero, no solo hemos creado un dios poderoso, sino que tambien le hemos consagrado el honor de toda una ciencia. No, no es una divinidad empírica, caprichosa, hija de la supersticion y de la ignorancia; no es un dios fantástico, quimérico, sino un dios real y positivo.... Dios, cuya teología es la economía política que profesamos, cuyo gran templo es *La Bolsa*; dios, al que se le debe el culto de todos los placeres.

¿Qué promete? ¡Ah! Promete el paraíso en la tierra, todas las comodidades imaginables, la satisfaccion de los más refinados apetitos, el cumplimiento de los deseos más voluptuosos. ¿Qué promete? ¡Oh! Promete lujo, prosperidad, abundancia.... Contar con su poder, es contar con todo. ¿Y qué pide en cambio?... Bah... ¡qué pide! En realidad, casi nada: cierta frialdad en el alma, cierta dureza en el corazon; la frialdad del número, la dureza de la cantidad. Nada, la metalizacion de todos los sentimientos.

Ya lo he dicho: la teología de este dios práctico, utilitario y positivo es la economía

política, esa ciencia nueva cuyo dogma fundamental es este: lo que no vale dinero no vale nada; la ciencia del crédito permanente y de la deuda eterna.

La Bolsa es el gran templo, más aún, es el gran Oráculo. "¿Qué dicen los dioses?" preguntaban los antiguos paganos. Nosotros preguntamos: "qué dice La Bolsa?" Ella es, puedo asegurarlo así, el centro de la vida, donde palpita íntegro el corazon de la sociedad moderna.

Tal es el fondo y la forma de la civilizacion que hemos conseguido. No nos negará la historia el mérito de haber realizado en la tierra todas las felicidades del Olimpo; porque cualquiera que sea la presuntuosa severidad con que nos mire, no podrá desconocer que en este nuevo paganismo nosotros somos los dioses, y que la memoria de nuestro paso por la tierra será á los ojos de las edades venideras una verdadera mitología; porque, en fin, la filosofía positivista lo ha dicho: no hay más dios que la *humanidad.* ¿Y qué es la *humanidad*? ¡Friolera! "El conjunto contínuo de los séres convergentes."

Me he entretenido en bosquejar los rápidos contornos de este cuadro, porque en él viven como en su propia atmósfera las fisonomías contemporáneas que más originali-

dad dan á nuestro siglo. Esta digresion no es, en resúmen, más que la preparacion del lienzo en que por sí mismas se dibujan.

Yo las distingo en el confuso tumulto de la vida presente, y me entretengo en sacar las copias de aquellas que me parecen más dignas de ser reproducidas.

Como la duda es el estado de la ciencia libre, el excepticismo es el fondo moral del carácter moderno. Fuera de los sectarios furibundos, ya de unas, ya de otras escuelas, que luchan entre sí con la desesperacion de la impotencia, en los demas solo encontrareis la fria serenidad de la más helada indiferencia; no busqueis entusiasmo en el corazon de nuestros dias, porque no existe. Ese calor, que es la vida del alma y el gérmen de las grandes acciones, más bien de las acciones generosas, se ha extinguido; si alguna vez se muestra, es por lo comun un entusiasmo artificial, es la excitacion pasajera con que rendimos homenaje al éxito del momento, es sonreir al sol que sale, es lo que se llama seguir la corriente; pero si es entusiasmo verdadero que brota de una creencia profundamente arraigada en el alma, entónces, oh, ¡qué locura, qué ceguedad, qué fanatismo!

En realidad no somos completamente in-

sensibles á tan gran desdicha, porque en medio de la algazara con que alegramos los dias de nuestra existencia, se exhala de todos los ángulos de la sociedad un clamor sordo, contínuo, que revela el desasosiego, la inquietud, el malestar de una dolencia profunda; pero sea como quiera, tenemos á la vez lo que me atrevo á llamar el heroismo de nuestra terquedad, y si nos quejamos del mal que nos amarga los sabrosos deleites de la vida, tambien es cosa cierta que el remedio nos espanta. Como si este mal fuese una enfermendad vergonzosa, rechazamos el remedio para ocultar la dolencia, ó más bien para ocultárnosla á nosotros mismos; y quién sabe si por los prodigios de una horrorosa homeopatía, por los portentos de un nuevo *similia similibus*, hallaremos la perfecta salud que apetecemos en el uso contínuo de los mismos vicios que nos enferman. Parece que estamos empeñados en ese experimento, y que en él fundamos nuestra última esperanza.

Ya ha habido un filósofo que murió esperando en la ciencia el descubrimiento de la inmortalidad del hombre sobre la tierra. ¡Ah, si hubiese podido aplazar la muerte!

Por lo demas, ello es que vamos viviendo. Nos aturdimos, sí, nos embriagamos con el

néctar de todas las sensualidades; pero nuestra concupiscencia es razonable, sensata; hay en ella cierto órden, cierto método, cierta correccion que la hace á nuestros propios ojos la cosa más natural del mundo.

¿En qué pensamos? No hay para qué ocultarlo. Pensamos pura y simplemente en el placer y en la ganancia; poseemos á la vez el doble carácter de disipadores y mercaderes.

Pero bien, ¿qué somos?

No me atreveré yo á decirlo, pero oid á Horacio:

"Si vienes á verme, dice, verás en mí un cerdo lleno de gordura, de la piara de Epicuro."

EL GRAN MUNDO.

I.

FONDO DEL CUADRO.

No es tan fácil como á primera vista parece, dejarse llevar por las corrientes democráticas del siglo, que, quieras que no quieras, nos empujan con más ó ménos violencia á la plenitud de un estado que podria llamarse la hez universal; porque bien mirado, cada uno siente dentro de sí mismo un secreto impulso, cierta especie de instinto aristocrático, que nos incita á elevarnos de cualquier modo que sea sobre el nivel del vulgo en que vivimos.

La dificultad seria invencible si en el conocido recurso de las transacciones no hubiésemos encontrado el secreto de ser al mismo

tiempo nobles y plebeyos, personajes de mayor ó menor importancia, y séres de todo punto insignificantes; y valiéndome de una imágen quizá demasiado expresiva, me atreveré á decir, que no es ciertamente un caso extraordinario, ni enteramente nuevo el espectáculo, el absurdo espectáculo de un *descamisado* con corbata blanca.

Quiero decir, que eso que hemos convenido en llamar *gran mundo*, no es otra cosa que una transaccion entre la pasada grandeza de la antigua aristocracia, y la poderosa pequeñez de la democracia moderna.

Hablo de España, y sobre todo de Madrid, donde sabemos positivamente que no hay como en Paris un barrio de San German. Acaso esto es lo único en que nuestra gente *comm'il faut*, no imita á la capital de Francia, pues tenemos sus *hoteles* y sus *boulevares*, sus teatros, sus costumbres, sus vicios y hasta su lengua. Fornos bien puede competir con *Tortoni*, y á *Mabille* se le encuentra aquí en cualquier parte. Pero bah; aquella aristocracia nobilísima, inaccesible, impermeable y casi fósil, que vive en el barrio de San German, justo es decirlo, no es aquí imitada.

Nuestra alta clase no ha tenido inconveniente en descender de las regiones de su

grandeza hasta confundirse con el gran vulgo de los simples mortales; mas téngase en cuenta que al bajar en la escala de los honores humanos, no ha perdido el brillante esplendor de las apariencias. Si se ha inclinado graciosamente para estrechar la mano de la plebe que la invade, y si por un acto de condescendiente cortesía ha descubierto su cabeza, arrancando de ella las coronas de sus antiguas glorias, á la vez, esas mismas coronas permanecen pintadas en las portezuelas de sus berlinas; con ellas marca las libreas de sus lacayos, la porcelana y el cristal de sus vajillas, y la rica batista de sus pañuelos. Baja ciertamente, pero baja en coche: si ha dejado su majestad en las alturas de donde desciende, preciso es reconocerlo, conserva el lujo: su blason es la moda, su escudo de armas el fausto. Le ha vuelto resueltamente la espalda á su orígen, y olvidando los siglos pasados, es la más asídua cortesana del siglo presente. Despues de haber perdido su carácter se empeña en conservar el honor de sus títulos, y por una aspiracion de inmortalidad, hasta cierto punto disculpable, se siente muerta y quiere sobrevivirse.

No se resigna á ser el severo monumento de un glorioso recuerdo, ni aspira á representar en el mundo el heróico papel de una

noble esperanza; se aleja de lo pasado al mismo tiempo que huye de lo futuro; sus ojos parece que no ven más que lo presente, y flota en la agitada superficie de la vida moderna como un cuerpo que ha perdido su gravedad, como flotan sobre las olas agitadas los restos de un naufragio.

Brilla sin duda alguna, pero no con los esplendores de la luz, sino con los vislumbres del reflejo; luce, pero no alumbra. La tradicion de su orígen nobiliario podia comprometerla ante el furor de las innovaciones, y ha negociado con las exigencias de la democracia moderna todas las pretensiones de la antigua aristocracia. Como Sieyes durante el sangriento período del terror, se ha propuesto vivir y vive, y se puede decir que ha comprado la vida al precio de su nulidad. En vez de defenderse transige, y por más que busque en la distincion de sus modales y en la novedad de sus *toilettes* un pretexto que atestigue su alcurnia, ello es que se confunde con la plebe, que despues de haberla despojado de su influencia, le envidia los placeres del fausto con que siembra de flores su paso por este valle de lágrimas.

No es la aristocracia heróica caballeresca y turbulunta de la Edad Media, que conquistaba reinos y hablaba á los reyes con la ma-

no puesta sobre el pomo de la espada, ni aquella nobleza sumisa y palaciega que hervía en las córtes de los reyes, prefiriendo la intriga á la rebelion, la lisonja á la amenaza; aquella aristocracia que aún solia producir héroes y hombres de Estado, y que á pesar de grandes defectos y de grandes faltas conservaba, si no el noble orgullo de su historia, á lo ménos la ambicion de sus títulos.

Esa aristocracia es la que formó con sus vicios la corte de Luis XV, y no obstante, es la misma que sigue poco despues á Luis XVI en su terrible desventura. Todavía su causa es la causa de la monarquía y la causa del Rey.

En España, reducida ya al empezar el siglo de las luces á la mera servidumbre de palacio, llevaba majestuosamente la librea real satisfecha de servir al esplendor del trono. Su adhesion á la monarquía era aún sincera, y el triple sentimiento de la Religion, de la Patria y del Rey, uniéndola al heróico entusiasmo de la nacion, la salvó del deshonor de afrancesarse.

Este era por lo visto el último esfuerzo, el último impulso de la sangre azul que circulaba por sus venas, pues no pasaron muchos años sin que prosternándose ante los

principios revolucionarios, enemigos naturales de la Religion, de la Monarquía y de la Patria, se hiciese cortesana de la demagogia del año 34, despues cómplice de la demagogia del año 68, y más tarde encubridora de la presente demagogia.

Para vivir materialmente dentro de la atmósfera corrompida del siglo en que nos encontramos, no ha vacilado en someterse á las humillaciones que la democracia le ha impuesto, sacrificando en aras de las demagogias triunfantes la vida moral que áun podia enaltecerla. La revolucion francesa colgaba á los aristócratas de las linternas ó los degollaba en la guillotina; nuestra revolucion, ménos sanguinaria, se ha contentado con arrastrarlos por el lodo. Aquella aristocracia, animada por el ejemplo del Rey, supo morir; pero la nuestra, sin ejemplo que imitar, más positiva, ménos caballeresca, flexible hasta tocar con la frente en el suelo, no aspira á otra gloria que á la gloria de ir viviendo.

Dejo al lector en libertad de hacer cuantas salvedades tenga por conveniente, porque en medio de tantas miserias no he de disputarle el honor de las excepciones: tambien yo conozco algunas.

Pero no se crea por eso que vive relegada

á una oscuridad humillante; no creais que se ha retirado á los últimos rincones de sus palacios, y que cerrando las puertas nobiliarias de sus casas solariegas al tumulto del siglo, que la desprecia, al mismo tiempo que la envidia, se esconde á las miradas del mundo, si no precisamente avergonzada de su nulidad, á lo ménos séria y desdeñosa.

No; se la ve flotar y resplandecer por toda la agitada superficie de la vida moderna surcando las tempestuosas oscuridades que nos rodean con los relámpagos de su lujo. Es verdad que no la encontrareis en los comicios, ni en las Asambleas, ni en los ejércitos, ni en los campos de batalla, ni en las academias científicas, ni en las grandes empresas industriales. Fuera de la política, de la ciencia y de la industria, parece que no está en ninguna parte. Tampoco la encontrareis en las altas dignidades de la Iglesia, ni en las cátedras profanas de las Universidades, ni en las sagradas cátedras de los templos. Se puede decir que nada enseña, y se puede asegurar que nada aprende.

¿Dónde está, pues...? ¡Dónde...! Ah.. Por las noches brilla indistintamente ya en el teatro de la *Opera*, ya en el teatro de los *Bufos;* protege con su presencia unas veces á la empresa del *Príncipe*, otras veces á la

empresa de *Apolo;* aparece, como el sol en los dias serenos, en el circo de *Price*, en la plaza de toros y en las carreras de caballos.

Sus coches invaden los paseos, y van y vienen con la impaciencia del que quiere estar á la vez en todas partes; donde quiera que haya un salon, allí está ella, porque los salones son su espacio y su atmósfera.

Esta aristocracia tradicional, confundida con las variadas especies de las aristocracias modernas, ha sacudido el polvo de la antigüedad que la ennoblecia, y dejando carcomer en la profundidad de los archivos los ya olvidados pergaminos, vuelta completamente de espaldas á los siglos pasados, se halla entregada á todas las deliciosas fatuidades del siglo presente.

Y verdaderamente, la aristocracia que surge del fondo de la tierra con prodigiosa fecundidad, es bastante más pintoresca que la aristocracia histórica que áun nos recuerda el honor de nuestras pasadas glorias.

Indudablemente, en lo que podemos llamar la parte suntuaria, la nueva nobleza, la nobleza novìsima, lleva sobre la nobleza antigua una ventaja indisputable. Las grandes cruces, las brillantes placas, las bandas de todos colores y las cintas de todos matices, han caído como lluvia copiosa sobre la de-

mocracia que, digámoslo así, se ennoblece con todos los signos exteriores de la grandeza humana.

Y hé aquí la transaccion necesaria para que se extienda de un extremo á otro el severo nivel de la igualdad. Por una parte la aristocracia histórica baja, y la democracia moderna sube; ambas para encontrarse se olvidan de su orígen, y confundiéndose en un mútuo abrazo, forman ese mundo brillante siempre alegre y siempre fastuoso que nos atrae y nos deslumbra.

A primera vista parece que solo convienen en unos mismos gustos, en unas mismas satisfacciones, en unos mismos placeres; parece que se encuentran unidas por el solo vínculo de unas mismas sensualidades, que el perfume de los mismos platos los ha reunido á la vez al rededor de la misma mesa; pero si bien se mira, se verá que existe entre una y otra cierta mancomunidad de ideas.

La demagogia que tanto nos asusta vive tambien en palacios y lleva sobre su cabeza coronas ducales. El *descamisado*, quizá más propiamente dicho, no es ya en estos tiempos de prosperidad un hombre grosero y brutal, harapiento, sin hogar y sin camisa que aprieta sus formidables puños y ruge amenazando á la vez al cielo y á la tierra, agitado por el

ciego estímulo de sus tumultuosos apetitos sin más guía que su instinto.

Este sér inculto y patibulario cuya desastrada imágen nos llena de espanto, no es en resúmen más que un mero comparsa del espectáculo teatral que representamos con el conocido título de *La civilizacion moderna.*

Ciertamente en el órden del progreso que nos empuja, el descamisado melodramático, que vive aún en los antros de la sociedad respirando los vapores enrarecidos de la última hez humana, tiene señalado en un porvenir cada vez más próximo, un puesto importante que ha de elevarlo á las primeras jerarquías de la sociedad. Siguiendo el camino cuyas dos terceras partes llevamos andado, nadie duda que la completa regeneracion del hombre se acerca; y no es difícil ver en lo más bajo de la democracia presente el gérmen ya fermentado de la futura aristocracia.

La solucion del problema que nos agita está contenida en los términos de la misma manera que el fruto se halla contenido en la semilla; en el nudo está el desenlace lógico de toda comedia, y toda accion trágica no es más, si bien se mira, que la elaboracion trágica de la catástrofe. Una vez hacinados todos los combustibles y aplicado el fuego,

no es necesario quemarse mucho las cejas para esperar el incendio.

Pero entre tanto, ¿qué importa? El *descamisado* de que hablamos se encuentra todavia en el período de incubacion, y aunque hace esfuerzos heróicos para dar señales evidentes de vida propia, no consigue romper las ligaduras que lo sujetan á la oscuridad de la vida rudimentaria, porque necesita algun tiempo más el calor maternal de la sociedad, en cuyas entrañas ha sido engendrado.

Por consiguiente, el *descamisado* propio, y digámoslo así, legítimo del *momento histórico* que atravesamos, no es la figura sombría, iracunda y amenazadora que se nos presenta en perspectiva, sino el sér culto, fino ilustrado que se viste con esmero, que se baña y se perfuma, que saborea los más exquisitos manjares y vive en la atmósfera de los más refinados placeres.

Es.... Pero no precipitemos el curso regular de nuestras tranquilas observaciones, porque los rasgos más salientes de esta fisonomía que por todas partes nos sonrie son dignos de más detenido estudio.

II.

LAS PRIMERAS LINEAS.

Fijemos ante todo que el tipo que buscamos en las altas regiones del gran mundo, como modelo de la especie, no es personaje que pertenece especialmente á ningun partido; y aunque suele tener algo de todos, no es un hombre político propiamente dicho. Si así no fuese, no seria yo el que me tomara el trabajo de descubrirlo y bosquejarlo porque desde la tremenda catástrofe de 1868, me hice á mí mismo la formal promesa de no tomar en adelante parte alguna en la para mí siempre ingrata tarea de las contiendas políticas. Acompañé con mi corazon á aquella gran desgracia, por casi todos abandonada, oculté en el fondo de mi pensamiento mi último desencanto acerca de los hombres y de las cosas, y me encerrè en mí mismo desconsolado.

Mi pobre vanidad de hombre se afligió al ver la inutilidad de mis débiles esfuerzos por evitar la gran desventura que en los ocultos designios de la Providencia era, por lo visto, inevitable, y me enterré vivo con mi pobreza, trayéndome por toda ganancia el honor de muchos dicterios.

Desde esta oscuridad en que vivo lo he visto todo y puedo asegurar que nada me ha sorprendido; pero mis ojos están llenos de tristeza. Veo, y oigo, y callo, y solo allá en mis adentros, en voz muy baja y con el mayor sigilo, suelo repetirme esta sentencia latina que se grabó en mi memoria hace mucho tiempo: *Quos Deus vult perdere priús dementat.*—Me prometí, pues, no mezclarme más en las contiendas de los partidos, y yo soy hombre que no me falto nunca á mis palabras. Nada hay por consiguiente en estas ociosas observaciones con que me propongo entretener á los lectores, que pueda considerarse como materia verdaderamente política.

Sin faltar á este propósito, bien puedo decir que la marcha majestuosa con que tan pomposamente, de conquista en conquista, nos dirigimos al cumplimiento de todas las felicidades prometidas por el derecho nuevo, ofrece graves peligros, y no deja de ser fre-

cuente el caso en que el abismo se nos adelanta, se abre á nuestros piés como una boca inmensa que se rie de nosotros, y aunque no sea más que por breves momentos, nos corta el paso.

¡Ya se ve! No todos los viajeros caminamos con las mismas comodidades, y es natural que los que van á pié y descalzos tengan más prisa, mucha más prisa que los que van en coche; y hé aquí, que los más hambrientos y los más desnudos, quieren anticiparse al término del viaje y alzan el grito y se declaran tumultuosamente en plena Jauja ántes de haber llegado á ella, y entra la confusion y el desconcierto, y aquí fué Troya.

Observado el fenómeno á la luz de los principios, no hay en ello más que un exceso de impaciencia. Se les ha ofrecido un cubierto en el gran festin del mundo, y quieren á toda costa sentarse á la mesa. Esto sí, se les ha puesto la miel en los labios, y, cosa bien natural, enseñan los dientes. Eso es, amenazan con la devastacion universal, llevan el saqueo por consigna y el incendio por bandera; se agitan con el furor de todos los apetitos embravecidos, que el espíritu moderno ha despertado en ellos, y quieras que no quieras, el camino se entorpece, y el carro triunfal se atasca. Es una tempestad.

humana más terrible que las tempestades de la naturaleza.

Y bien; ¿qué es todo ello..? un mero accidente, pura impaciencia, un error de itinerario, una equivocacion de la fecha; es llamar á la puerta ántes de haber llegado á la casa; pero la civilizacion, esto es, la razon soberana, embriagada hasta entónces con sus triunfos, se espanta de su propia obra, y lanza sobre los culpables toda la indignacion y todo el furor de su miedo. Se invoca la ley, la ley del momento, la ley egoista de las circunstancias, y la sociedad se salva por algunos dias. Y adelante, el carro triunfal vuelve á seguir su camino, como si tal cosa.

Así cae la *Commune* en Paris y el *cantonalismo* en España, miéntras la *Internacional* continúa legalmente organizada en Europa porque en fin, ¿qué tiene que ver el principio con su propia consecuencia? El es una entidad abstracta que vive en las altas regiones de la ciencia, y el hecho es un acto brutal que se arrastra en el lodo de las calles.

El filósofo, el orador, el publicista, el ideólogo amparado detrás de la santidad de un libro, de una tribuna, de un periódico ó de una cátedra, puede levantar su ciencia contra Dios, abolir la inmortalidad del alma, robarnos la esperanza de la verdad divina, in-

cendiar la ignorancia del vulgo con el fuego de todas las pasiones, y en una palabra, asolar el mundo moral cubriéndolo con las sombras de espantosas incertidumbres. Ciertamente; pero vosotros, saqueados, incendiados, asolados por la ciencia, no levanteis aún la mano, porque será cortada; no alceis el grito todavía, porque será ahogado en vuestra garganta.

La razon ilustrada de los pueblos modernos se encuentra entre el derecho que proclama y el hecho que condena, entre el error y el crímen, entre la ciencia que constituye su orgullo y la depravacion moral que esa misma ciencia engendra. ¡Qué cruel capricho de las cosas..! ¡Qué ley tan arbitraria la que ha dispuesto que el abismo atraiga, que el fuego abrase, que el rayo aniquile! ¿Por qué, ¡oh sociedad llena de deleites! ha de venir á turbar los placeres de tu concupiscencia el oleaje espantoso de ese mar de pasiones que tú misma agitas....?

Pero discurramos con calma.

A primera vista parece absurda una situacion que nos obliga casi diariamente á deportar aquí, á fusilar más allá, á perseguir en todas partes las consecuencias prácticas de los mismos principios que proclamamos; mas téngase en cuenta que la resistencia que

les oponemos no es definitiva. El último error no es todavía verdad, es cuestion de tiempo. Nosotros les decimos á los impacientes: "esperad," porque todo no se puede hacer en un dia. Hoy nosotros, mañana ellos; ante todo el órden. Entendámonos; el órden material. Lo que pretenden es hoy un delirio; pero, poco á poco, ya llegará el momento en que el delirio se convierta en razon, y se establezca en derecho.

El error fundamental de que partimos es, como todo error, múltiple en sus formas, y nos ofrece por lo tanto una série de errores sucesivos que nacen los unos de los otros, formando la variada confusion de escuelas, de sectas, de doctrinas, de sistemas, de opiniones, de partidos, de grupos y de fracciones en que, digámoslo así, vivimos. Realmente no son más que formas distintas, matices diversos del mismo error originario, de la gran mentira fundamental.

¿Por qué hemos de ocultároslo..? Partimos del *libre exámen*, que no es en sustancia mas que la legalizacion de todos los desvaríos que correlativamente se van presentando; cada error tiene su dia, su época, su *momento histórico*, su oportunidad, esto es, su madurez, su triunfo.

No hay delirio, por monstruoso que sea,

que no pueda erigirse, ya un dia, ya otro, en religion ó en filosofía, en sistema político ó en ley moral. Podemos decir con orgullo que lo hemos discutido todo, y hé aquí que ya no nos queda nada cierto. Vamos, pues, de interinidad en interinidad, de desastre en desastre.

Hasta aquí poco más ó ménos llega el período de los sabios que han hecho una revolucion en la ciencia, despues de la cual entra naturalmente el período de los que, ménos pensadores, son más ejecutivos. Detrás de la palabra está la obra, como debajo de la cabeza que piensa, está el brazo que ejecuta. La lengua ha terminado ya su tarea, y lógico es que las manos entren en la plenitud de la suya; porque convengamos en que las teorías vendrian á ser una necia vanidad de la ciencia, si no tuviesen completa ejecucion entre los hombres. Ya parece que está llena la medida de las ideas, y solo falta que se llene la medida de los hechos. ¿Por qué no? Si la imaginacion ha llegado á los últimos delirios, ¿por qué la realidad no ha de llegar á los últimos desvaríos?

Aquí se nos presenta, más ó ménos desnuda, más ó ménos hambrienta, una nueva generacion.

Aquí está con el oido atento y la mirada inquieta.

¿Qué espera?

Espera.... su vez.

Desde la sombra en que aguarda el momento de tomar posesion del paraíso que se le ha prometido, calcula el vigor de sus brazos, se ordena, se cuenta, se prepara, y como si pretendiera reconcentrar la terrible energía de su fuerza, aprieta los puños y rechina los dientes, respirando su corazon el fuego de todas las sensualidades. Cada momento que pasa, aumenta el rencor de su impaciencia; los resplandores del lujo que llega á sus ojos, encienden su codicia; el estrépito del festin universal que penetra en sus oidos, despierta su envidia; llama justicia á su venganza, y derecho á la ciega pasion de sus apetitos.

¿Qué especie de hombres es esta?

Filosóficamente considerados, son la encarnacion definitiva de la libertad que llamamos moderna, la última evolucion de la *idea* en el tiempo y en el espacio, la síntesis, la condensacion de toda nuestra doctrina civilizadora. Desde el punto de vista político, aparecen en la próxima perspectiva de lo porvenir como las primeras palpitaciones del nuevo Estado. Y si bien se mira, á la luz de los pasmosos adelantos de la ciencia eco-

nómica, se ven como el núcleo futuro de los inmediatos desamortizadores.

No es ya posible que se lance contra nosotros la injusta acusacion de que vamos á lo desconocido. En el segundo término del cuadro que se dibuja á nuestros ojos, aparecen con toda claridad las cabezas sombrías de los *descamisados*.

La revolucion francesa produjo esta especie de hombres que, haciendo alarde de su enérgica desnudez, quisieron imponer al mundo el imperio de sus harapos. Suya es la gloria de este producto humano; pero, poco á poco: aquellos fueron unos séres incompletos sin mundo, sin experiencia, unos pobres *desarropados* que tomaron al pié de la letra la hediondez de los girones de sus vestidos, y se mostraron orgullosos de ostentarlos. Aquella fué la que podemos llamar la infancia del arte, el entusiasmo tierno y poético de las primeras impresiones, en fin, me atreveré á decirlo: el idilio de los pingajos. En nuestros dias esa especie se encuentra perfeccionada; entónces el *descamisado* era un niño, y hoy es ya un hombre: se avergüenza, se indigna y se enfurece de su desnudez; y al verse sin camisa, solo aspira á conquistar la ajena.

El nombre mismo ha experimentado tam-

bien su regeneracion. *Descamisado* es una voz que no determina tanto al que no tiene camisa, como al que ha dejado de tenerla; y partiendo sin duda del rigor de ese sentido, se ha venido á parar á una designacion más ámplia, más culta, y áun se puede decir más científica. Vedla aquí: las *clases desheredadas.*

Mas importa mucho no dejarse deslumbrar por lo pintoresco de la palabra, y conviene entender claramente la realidad de su significacion. La imágen de que nos servimos encierra una idea, y en ella se halla toda la fuerza del sentido. Es una figura retórica por medio de la que, al indicar la desnudez del cuerpo, expresamos realmente la desnudez del alma. Al verdadero *descamisado* no lo constituyen precisamente los harapos que cuelgan de sus hombros, sino más bien los harapos que flotan en su entendimiento. No determina un estado deplorable del bolsillo, sino un estado deplorabilísimo del espíritu. No queremos decir: "ese hombre no tiene camisa;" lo que decimos es: "ese hombre no tiene conciencia." Y ¡oh terquedad de la paradoja! no lo busqueis solamente en las regiones más bajas de la sociedad; buscadlo más bien en las altas regiones de las jerarquías sociales; porque puede ser marqués,

puede ser conde, puede ser duque, puede llegar hasta ser príncipe.... *Felipe Igualdad*, ¿no fué un descamisado? Las demagogias triunfantes tienen tambien sus dinastías, sus tronos y sus reyes. ¿Acaso no son ya suyos todos los cetros de Europa....?

He dicho que el personaje que intento bosquejar, se halla fuera de la atmósfera en que se tratan los negocios del Estado; no consta en la clasificacion de ningun partido; en una palabra, no es hombre político; por el contrario, afecta cierto desden, no tanto, cierta indiferencia hácia las agitaciones de la vida pública; es pura y simplemente un curioso, un abonado, un espectador más ó ménos ávido de emociones. La plaza pública es á sus ojos un nuevo espectáculo, al cual acude por puro pasatiempo.

Como es casi rico, y se puede decir que vive de sus rentas, ocupa un sitio cómodo en el espectáculo, y ve pasar con afable indolencia las diversas situaciones del drama.

No se crea por esto que carece absolutamente de opinion; conserva ciertas aficiones al derecho hereditario.. y.. ¡vamos! está por la forma monárquica. Llama ideas extremas á aquellas que sus ojos, poco acostumbrados á sondear las oscuridades de lo que está por venir, ve lejanas, y le parecen aceptables to-

das las que se acercan. En rigor, es un hombre que no ve más allá de sus narices.

Vive con bastante comodidad para tomarse el trabajo de estudiar lo pasado ni para echarse á volar en busca de lo futuro. Sumergido pacíficamente en los brazos de su butaca, ó en los cojines de su landó, ó en el blando sillon de su palco, deja que las ideas y los acontecimientos vengan á buscarle, y entónces los mira con sus gemelos de nácar, ó con sus quevedos de oro, ó con sus ojos de pura carne, y se inclina ante la novedad que se le presente, le sonríe con amable benevolencia, la acepta, y se queda tan fresco.

¿Qué ocurre? Estamos en 1868, y ocurre la caida del Trono. Pues bien; frunce la boca, se encoge de hombros, y se sienta á la mesa, y come como siempre, con toda la imperturbabilidad de su cuotidiano apetito. Y si el cocinero ha tenido la feliz ocurrencia de preparar un *menu* esmerado, hay algun motivo para creer que comerá como nunca.

Todo ha cambiado de la noche á la mañana: la decoracion ha sufrido una transformacion completa; son casi nuevos los hombres, las ideas y las costumbres, la *idea extrema* está encima; pero ¡qué demonio! pasado el primer momento de estupor, el desórden se ordena á sí mismo, lo extraordinario del ca-

so se convierte en la cosa más natural del mundo. El sol continúa su carrera, el aire su curso, el agua su camino, las horas prosiguen su sucesion cronológica, y asunto concluido; porque al fin y al cabo, la *Fuente Castellana* sigue siendo un paseo concurrido, los teatros se llenan de gente, los salones están de par en par abiertos. Y vamos á cuentas: ¿quién ha dicho que los reyes han de ser eternos sobre la tierra..? Ademas, ¿por qué ha de consumirse de fastidio en el rincon de su casa..? ¿Ha de enterrarse vivo porque otro ha muerto....?

El trastorno que la sociedad experimenta no opone ninguna dificultad séria á los regalados goces de la vida, y miéntras se vive, se goza.. ¿Y qué ha de hacer..? Se engalana, se perfuma, y á pié ó en coche prosigue, como si tal cosa, los dichosos instantes de su existencia, sirviendo de escolta al suceso.

Mas dejemos aquí estas primeras líneas del dibujo, para que el lector las vaya estudiando: no es asunto que corre prisa, y otro dia seguiremos, porque hay mucha tela cortada.

III.

UN TIPO.

Colocado á cierta distancia de las ambiciones impacientes que llenan de tempestades las regiones políticas, el carácter que vamos bosquejando no inspira á la generalidad de las gentes ni aversion, ni entusiasmo, ni afecto, ni odio, ni se le busca, ni se le rechaza; si está es uno más, y si no está no es uno ménos.

El espíritu algunas veces burlon de la *moda* parece que se ha entretenido en poner en uso un modo bastante original de designarlo. Sírvese del nombre de pila, usándolo comunmente en diminutivo, suprime el apellido y añade el título aristocrático honor de la estirpe. Así, pues, su nombre propio es *José* ó *Juan*, su apellido *Fernandez* ó *Martinez*, y el título nobiliario que lo enaltece puede ser, bien *marqués de las Empresas*, ó bien *duque de Albaroja*. Esto es, dos títulos que el lector puede elegir entre tantos

como todavia nos recuerdan la grandeza de los caractéres, la firmeza de las virtudes, la nobleza de los pensamientos y el valor de las hazañas de que está llena nuestra historia. La *moda* introducida en las regiones del buen tono omite el apellido, prescinde de la jerarquía del título y dice con sencillez encantadora: *Pepe Empresas* ó *Juanito Albaroja.*

Y yo pregunto: ¿No hay aquí más que un vano capricho de la moda? ¿Tan ingenua puerilidad es una simple extravagancia del lenguaje corriente en los salones? ¿No hay aquí más que una espontaneidad inocente, irreflexiva del trato superficial del gran mundo? ¿Sí? Pues entónces es un capricho mordaz, una cruel extravagancia, una espontaneidad demasiado terrible. ¿Por qué? Porque es mezclar la burla al respeto, la insignificancia de la persona con la grandeza del honor. Es descubrir bajo la pompa venerable de un título ilustre, permítaseme decirlo, la pequeñez del individuo. Es tanto como decir: toda aquella gloria ha venido á convertirse en esta insustancialidad, en este egoismo ó en esta ignorancia.

Bajo el recuerdo de esa grandeza pasada encontrareis con deplorable frecuencia á *Pepe* ó á *Juanito.* La moda, más perspicaz que

vosotros, se os ha anticipado y los ha descubierto ántes, probablemente sin pensarlo... ¡Oh, qué aturdimiento de la moda!

Y bien: ¿no podrá creerse que hay en esa manera indiscreta de distinguirse una injusticia involuntaria? El tipo que bosquejo no posee ciertamente un carácter de hierro, ni una virtud de mampostería; no es, en verdad, ni un genio, ni un héroe, ni un santo. Convengamos en ello; más, ¿desde cuándo el genio se hereda....? ¿Quién ha vinculado el don de la inteligencia...? Sabe álguien si el heroismo es un pergamino, ó la santidad una renta vitalicia...? Sí; *nobleza obliga*, ha dicho la voz de la antigua hidalguía; pero será una pretension ridícula exigir que cada título de Castilla sea un genio, cada grande de España un héroe, cada apellido ilustre un santo.

¡Nobleza obliga....! ¿Y á qué....? A servir de ejemplo en los pensamientos, en las palabras, en las acciones y en las costumbres; á sostener la dignidad de las glorias que representa; á echar, como Breno, el peso de la espada ó el peso de la inteligencia en la balanza en que oscilan la ruina y el esplendor de las naciones; á sentir algo, á querer algo, á saber defenderse siquiera, ó á lo ménos á saber morir.

¡Exigencia inaudita....! ¡Morir! ¡Ah! ¡Morir, cuando la vida está llena de delicias....! ¡Cuando el refinamiento de nuestra cultura nos rodea de goces inefables; cuando la industria adula nuestros deseos con las más caprichosas invenciones, y el comercio nos lisonjea con todas las alucinaciones del lujo, y el arte distrae los ocios de nuestro espíritu con todos los espectáculos de la sensualidad más viva...! ¡Morir, cuando nos sentimos invadidos por todos los deleites de la vida moderna...! ¡Morir, cuando vivimos, cuando gozamos...! ¡Oh, qué locura...!

No trazo, pues, los contornos de un genio, de un héroe ni de un santo. No hay en él nada de extraordinario, y sería muy difícil entresacarlo de la masa comun del vulgo que llena la tierra, si el título nobiliario que señala su estirpe no descubriera á nuestros ojos al heredero de un nombre glorioso.

Ningun signo exterior revela la excelencia del orígen; en vano buscaríais en el conjunto de su persona alguno de esos rasgos fisonómicos que suelen atestiguar la existencia de las almas superiores. Delinead un hombre alto ó bajo, gordo ó flaco, un hombre cualquiera, y escribid al pié: "hé ahí un duque," "hé ahí un conde"! y nadie lo pondrá en duda. Parece que la atonía de su es-

píritu, la indolencia de su corazon y la debilidad de su carácter, han extinguido en su figura las líneas enérgicas que determinan la majestad del hombre. Ha pasado la juventud sin entusiasmo; llega á los límites de la virilidad sin madurez, y se encuentra al fin en la decrepitud cansado, pero no harto de voluptuosidades de la vida.

No obstante, si no es activo, es movible; si no va realmente á ninguna parte, se puede decir que está en todas; hay cierta facilidad en sus ademanes, y su conversacion posee el encanto de esa amenidad que proporciona la deliciosa murmuracion, á que se prestan los cuentos íntimos y las historias privadas que casi diariamente circulan por las altas regiones del gran mundo, y cuya ignorancia seria imperdonable en un hombre de buen tono. No hay mordacidad en sus palabras, ni indignacion, ni escándalo; habla del suceso, porque es la novedad del dia, porque es un caso curioso más ó ménos cómico, más ó ménos trágico, pero divertido, hecho como de molde para disipar el fastidio del momento.

La caida de los imperios, la subversion de las ideas, el trastorno social que agita á todos los pueblos de Europa, son asuntos para embargar la atencion del vulgo, excesi-

vamente impresionable é ignorante; pero á ciertas alturas no llega el pavor de semejantes sucesos; desde allí se ven los accidentes del espectáculo, distraen la imaginacion por un momento, y luego cansan, aburren... se hacen viejos. ¿Y qué novedad ofrecen.....? ¿No cayó así el esplendor de Babilonia.....? ¿No sucumbió así la culta Grecia....? ¿No acabó así la Roma sensual del bajo imperio...? Discútanse esos asuntos en los casinos; revuélvanse en los clubs.... bueno; pero en los salones....¡qué horror! La literatura de las altas esferas no es tan pavorosa, es de mejor gusto. El matrimonio repentino de *E*, la herencia inesperada de *L*, las pérdidas de *H*, la sorpresa de *Q*, el rapto de *P*, la ingeniosa traicion de *M*... Esto, si no hay un alfiler de brillantes, ó una falda de encaja que mantenga suspensa la admiracion por algunos minutos, ó si no hay que celebrar algun *volapié* de *Frascuelo*, ó la última hazaña de *Lagartijo*. Lo demas... ¿qué importa?

Pero en medio de todo, su educacion es completa: monta á caballo con más ó ménos gracia; maneja los caballos de su coche mejor que su propio cochero; ha aprendido el francés en los *boulevares* de Paris, y balbucea algunas frases inglesas con bastante

soltura. Habituado al regalo de las mesas exquisitas, sabe apreciar el mérito de los *menus* más espirituales. En geografía no es ménos docto: le son familiares todos los puntos del globo que la moda ha elegido para reunir alternativamente en los veranos, en las primaveras, en los otoños y en los inviernos, lo que podemos llamar la crema del fausto, la quinta esencia del buen tono, lo más florido de la especie humana. No desdeña absolutamente el ejercicio de las armas: una pistola de tiro en su mano puede dar en el blanco; conoce la guardia italiana, la guardia francesa, la guardia española, y su espada de combate sabe muy bien *parar una contra;* porque al fin nadie se halla libre de la eventualidad de un duelo. ¡Cómo habia de negarse al escándalo de un lance de honor...! Si juega, es por puro aburrimiento; y si se enamora, es por mera galantería. Si sus *pagarés* se descuentan en la plaza.... ¡qué celebridad! Si sus aventuras se cuentan en los salones.... ¡qué gloria!

Por lo demas, es el hombre más tratable del mundo. Atento, fino, hasta jovial, toma las amistades con la misma frescura que las deja, y entran en la fácil intimidad de su trato lo mismo las personas intachables, que aquellas á quienes el dedo público señala con

deshonrosa preferencia. ¿Puede él erigirse en juez de la honradez ajena....? Nada más noble que la humildad de los poderosos. Inclinarse hasta estrechar la mano del pobre y acoger al desvalido, es una accion digna de toda grandeza; pero ¿ha de constituirse en Hermana de la Caridad? Las puertas de su trato están abiertas para todos; en el órden moral no reconoce jerarquías. ¿Qué diferencia separa á los hombres de bien, de los bribones? No lo averigua, porque no le importa: conservando de los siglos pasados lo que de ellos ha recibido, ostenta el título de su alcurnia; y dando á la vez al siglo presente lo que le corresponde, ha democratizado su conciencia.

No entran en su filosofia las tenacidades de los afectos profundos, porque la ternura es una flaqueza humana que suele acarrear muchas inquietudes y muchos dolores. ¿A qué fatigarse en querer, cuando apénas hay tiempo para vivir....? Las realidades del mundo en que vive, le son demasiado halagüeñas para ir á buscar aventuras en el mundo de los sentimientos. Sin embargo, suele hablar con calor y disputar con entusiasmo acerca del mérito plástico de la bailarina, que por el momento hace las delicias del

público. En sus movimientos encuentra sensibilidad, pureza, pasion y áun genio.

No se vaya á creer que es indiferente á los atractivos del arte... ¡Oh! no; admira las obras maestras con exclamaciones del mejor gusto; pero no ha de quedarse delante de ellas con la boca abierta: el lujo lo ha familiarizado con las más célebres, y las conoce como conoce las montañas de Suiza, las orillas del Rhin; como conoce á Bis-Baden, la City, la playa de Biarritz y el bosque de Boloña; como conoce á *Mabille*, que es al fin y al cabo la obra más acabada del arte moderno.

No le digais que se han agotado las ostras de Ostende, que se han agotado las trufas, que ya la Patti no canta, ó que estos salones ó los otros van á permanecer cerrados durante toda la eternidad del invierno, porque es muy posible que su corazon se conmueva con tan desastrosos anuncios; pero decidle que la fe se ha extinguido en el corazon del hombre, que la incredulidad ha soliviantado todas las pasiones, que la *ciencia* ha pervertido todos los entendimientos, y oirá vuestras palabras con la sonrisa en los labios, se encogerá de hombros, y os replicará sencillamente:

—¡Phs...! ese es el mundo.

Y poniendo el pié en el estribo del coche, se dejará caer sobre los almohadones del asiento, y le dirá al lacayo:

—Al teatro de la Opera... A la *Fuente Castellana*... A *Fornos*.

Descended al fondo de su pensamiento, y buscad allí una conviccion profunda.. ¿Qué veis? Sombras. La idea de Dios está allí sin duda, pero está arrinconada como un mueble de lujo que la moda dominante ha proscrito. Está allí incierta, dudosa, desvanecida, como está el sol en el cielo en los dias nublados... indecisa y del revés, como graba la fotografia las imágenes en el cristal de la cámara oscura.. La revelacion.. Bien; registrad, y acaso la encontreis olvidada, como un libro viejo, bajo el polvo secular del archivo.

En punto á religion, vereis flotar en su entendimiento todas las novedades del dia. No trata ciertamente de crear una teología para fundar una nueva secta; pero, ¡ya se ve! ¡Hay tantas...! "El catolicismo es la verdad, parece que sí... pero, ¿qué puede hacer él solo? ¡Pio IX! ¡Ah venerable anciano...! Sí señor... ¿pero no son tambien *Papas* el czar de todas las Rusias, el emperador de Alemana y la reina de Inglaterra? No; no; no están los tiempos para hacer gracias. Sería ya insensato oponerse á la cor-

riente de las nuevas ideas. Hemos hecho todo lo posible; la civilizacion nos empuja, y no hay más que seguir adelante. Ahora, que cada uno se oiga su misa como pueda. ¡Demonio....! No se puede jugar con Europa."

Así discurre; y guiñándose á sí mismo el ojo como quien ha encontrado la solucion del problema, se lava las manos en agua perfumada.

Conviene en que la filosofia que llamamos moderna es una diablura, porque turbando los entendimientos, lanza á la sociedad por el camino de las pavorosas aventuras. Oye con gusto las críticas de esa ciencia infausta, se burla de los errores que enseña y se rie de los desatinos que propala; pero sea como quiera, se llama ciencia, y es una cuestion que deja íntegra á las decisiones de los sabios. Si en esta lucha de principios, que él llama *opiniones*, hay algo que lo desespere, es la intransigencia de los ultramontanos, la tenacidad de las verdades que se han empeñado en ser eternas. ¡Y cuántas veces en las agitaciones que turban las muelles delicias de su vida, culpa á la verdad misma de los estragos que causan los errores! ¿Por qué tres y dos se han obstinado en ser siempre cinco....?

Hay una regla bastante admitida para fijar el valor moral de las acciones. Todo lo que no esté expresamente prohibido en el texto de las leyes civiles, esto es, de las leyes humanas, más claro, de las leyes políticas, es lícito. Pero hé aquí que con frecuencia esas leyes impuestas alternativamente por el dominio eventual de los partidos, prescinden casi por completo de la vida íntima de la sociedad, abandonando á los extravíos de la conciencia individual y á los delirios de falsas teorías, las creencias, los sentimientos y las costumbres de la multitud. Así se ve en las naciones más cultas á la policía allanar el domicilio por cualquier razon política, miéntras se detiene respetuosa ante los umbrales de los garitos.... ¿y qué importa? Lo que interesa, lo que urge, lo que apremia es salvar ante todo, contra todo y sobre todo, los intereses políticos del Estado.... de estos Estados modernos sin solidez y sin raíces, que fluctúan á cada paso llenos de temores y de incertidumbres. La sociedad moral no es el objeto, el fin, la aspiracion; es más bien el *anima vili* de dolorosos y contínuos experimentos.

¿A qué hemos de atenernos....? Si Dios puede ser cualquiera, ó ninguno; si hemos de tributarle el culto que más nos acomode;

si lo que hoy se enaltece mañana se abomina; si es libre nuestro pensamiento y lícita toda accion con tal que no afecte á los intereses políticos del Estado, ¿de qué guía ha de servirse la ignorancia y la perversidad natural del hombre para distinguir lo bueno de lo malo, la virtud del vicio, la lealtad de la traicion, la justicia de la iniquidad....? ¡Oh, *libertad* mil veces funesta! A tí te debemos la libre abyeccion moral en que vivimos. El dia que acabes de extinguir esa última luz de la conciencia humana, será completa tu victoria. No te diré yo, como la desdichada mujer de Roland, que se cometen muchos crímenes en tu nombre; te diré que tú eres el gérmen que los engendra, porque eres la soberbia que ciega los entendimientos, seca los corazones, enciende el fuego de las concupiscencias y arma el brazo de todos los apetitos. Tú eres la más espantosa de las tiranías; porque levantándote sobre la libertad justa, sobre la libertad verdadera, nos impones el yugo de todos los errores y la dictadura de todos los vicios.— Nada hay para tí legítimo ni respetable, más que la movible divinidad del Estado.

Regla moral: todo lo que no esté penado en el Código, es lícito; lo demas que encontreis culpable, pertenece á la jurisdiccion de

vuestro juicio... Vosotros, demasiado escrupulosos, los condenareis—¿á qué?—á vuestra indignacion... á vuestra repugnancia... Bien... pero el mundo lo absuelve. La vindicta pública no tiene derecho á reclamar más que contra los delitos penados por las leyes: esto es, el robo y el asesinato, segun el caso y las circunstancias; porque, digámoslo con orgullo, la condicion humana ha mejorado de tal manera, que á los ojos de la ley ya no hay más que esos dos delitos; si hay algo más, son debilidades, faltas, ligerezas ó fragilidades de la naturaleza humana... ¡bah...! *pecata minuta.*

Pues bien; el ilustre vástago de la noble familia que rápidamente delineamos, no suele llevar los escrúpulos de su juicio moral más allá de esos límites. Se encuentra la regla hecha como de molde, y no se mete en más honduras. Sin saberlo pertenece á la secta de los académicos que profesaba en Roma el principio de que nada hay cierto más que las instituciones civiles del Estado, y que á ellas hay que atenerse, como á la única regla de las acciones humanas. Se puede decir de él que traduce á Tácito sin entenderlo.

Ya lo sé: los ojos del vulgo no descubrirán fácilmente en este sér culto, limpio, aris-

tocrático, afable é inofensivo, razonable y sensato, el tipo desnudo y furibundo del *descamisado.* Las superficies son opuestas; el aspecto contrario; las apariencias los separan, los alejan como si nada, absolutamente nada hubiese de comun entre ellos. Pero romped el velo casi siempre engañoso de las exterioridades; apartad los accidentes suntuarios que decoran las figuras; dejad aparte la dulzura del semblante y la dureza del rostro; no mireis si la mano es fina, suave ó nerviosa, ó es dura, áspera y calluda; descended al fondo, y hallareis la misma oscuridad, las mismas soledades, el mismo desierto. Y yo pregunto: ¡Dios mio! ¿En qué se parecen dos abismos? ¿Qué diferencia hay entre la sensualidad hambrienta, ardiente, tempestuosa, y la sensualidad tranquila, refinada y satisfecha...? Si el uno espanta, el otro desconsuela.

Si aquél es la mano ruda y airada de la devastacion social que nos amenaza, éste es la mano indolente y flexible de la desolacion moral que nos invade.

Aquél es el reo.... bien; pero hé ahí el cómplice.

Tales son las líneas generales del dibujo que me habia propuesto trazar, siguiendo

los contornos de la figura con toda la suavidad que me ha sido posible.

Tal es, digo, el individuo; otro dia veremos el conjunto.

IV.

EL CONJUNTO.

No hay que forjarse risueñas ilusiones acerca de la duracion de la vida; porque échese la cuenta como se quiera, ello es que siempre la encontramos corta. Por avanzada que sea la edad en que la muerte venga á pedirnos el último suspiro, nuestra sorpresa es la misma que experimentaríamos ante la realidad de un suceso inesperado, y entónces se escapan del alma atribulada estas dolorosas exclamaciones: "¡Ya....!" "¡Tan pronto....!" Y como si el paso de la vida por la tierra no fuese tan rápido, la vejez se anticipa cargada de achaques y de desengaños, ni más ni ménos que si quisiera enterrarnos ántes de haber muerto.

No hay escape; y claro está, que si hubiese un lugar en el mundo donde no se muriera nunca, iríamos allí á pasar el resto de nuestros dias; pero ¡qué le hemos de hacer! no hemos conseguido aún ese ya anunciado des-

cubrimiento, y entre tanto no nos queda más recurso que abandonar la vida en el punto y hora en que á la muerte se le antoja despojarnos de ella.

La cuestion, por lo tanto, se nos ofrece en términos bien sencillos:—¿Qué debemos hacer en el trascurso de tan breve plazo....? La respuesta salta á los ojos: Pasarlo lo mejor posible.

Ante todo, conviene para la mayor tranquilidad del espíritu alejar de la imaginacion toda idea de tan terrible instante. ¿A qué aterrarnos con el recuerdo pavoroso de ese fin inevitable....? Si la muerte ha de llegar en el momento más inesperado....¿á qué salirle al encuentro....? ¿No es posible detenerla....? No. Pues bien, olvidémosla: porque la combinacion que el caso nos presenta es bien terminante: no nos ha de faltar tiempo para morir, y siempre nos falta tiempo para la vida. En ella hay que emplear toda nuestra fuerza, toda nuestra actividad, toda la energía de nuestro sér, miéntras que para morir basta cruzarse de brazos, inclinar la cabeza y exhalar el último aliento: la muerte es una de las cosas que nos encontramos hecha.

Es verdad que la vida está llena de inquietudes, de pesares y de dolores; que los

mismos afectos que la endulzan la amargan; que las mismas ternuras que la alegran la entristecen; que las mismas pasiones que la embriagan la consumen; que hasta la misma ambicion satisfecha no se encuentra nunca contenta. La sabiduría.. ¡cuántos desvelos cuesta..! La virtud.. ¡qué dolorosos sacrificios impone..! Los hijos, la familia.. ¡ah! ¡cuántos sobresaltos causan..! ¡cuántos disgustos ocasionan! La vida así es no vivir; es una agonía larga, una muerte contínua.

Sin duda alguna, la filosofía, que forma lo que podemos llamar el espíritu de nuestro siglo, ha revuelto el mundo de las ideas; la literatura auxiliar inmediata de esa filosofía ha alterado el mundo de los sentimientos, y la política con la espontaneidad de sus agitaciones ha conmovido los cimientos de la sociedad. No hay que negarles la parte de gloria que les corresponde. Pero la trasformacion social á que simultáneamente aspiran los esfuerzos de esa filosofía, de esa literatura y de esa política; esto es, la felicidad del hombre sobre la tierra, no se ha realizado en ninguna parte como en las regiones del gran mundo.

Todavía, á pesar de tantos esfuerzos, la vida comun, la vida ordinaria, la vida vulgar continúa llena de angustias, de sobre-

saltos y de dolores. Aun hay una parte del género humano que no sabe echar á un lado las penas, ó mejor dicho, echarse el alma á la espalda y hacerse superior lo mismo á las desdichas públicas, que á las desdichas ajenas, que á las propias desdichas. Séres infelices que ignoran por pura ceguedad del entendimiento ó por mera atasquería de sus corazones, cómo este valle de lágrimas en que hemos nacido puede convertirse en un paraíso de delicias.

Seria una insigne injusticia negarle al gran mundo el distinguido mérito de haber, digámoslo así, proscrito los pesares que de tantos modos nos atormentan en el trascurso de la vida. Semejante al orador de Aténas, despues de haber oido las diversas teorías, los distintos métodos y los variados sistemas con que la filosofía, el arte y la política pretenden salvar á la sociedad del grave peligro de sí misma, se sonrie con exquisita finura y exclama: "¡Bah...! Todo eso que vosotros decís lo hago yo," y lo hace. Colocado en las alturas de los honores humanos, árbitro de la moda, señor del buen gusto y dictador de las costumbres, quiere servir de ejemplo; y, preciso es reconocerlo, su ejemplo obtiene un éxito fabuloso.

El gran mundo es la alta region en que

vive la *buena sociedad*. Bien. ¿Pero qué es la *buena sociedad*...? Háganse todas las salvedades que se quieran, réstense de la suma total los nombres que en realidad merezcan ser excluidos, y el conjunto será este: una coleccion de séres perpétuamente alegres.

Las altas cumbres desde donde saborea las dulzuras de la vida, son por lo visto inaccesibles á las inquietudes que nos rodean á los demas mortales; y no es una alegría loca, arrebatada, tempestuosa, sino una alegría pacífica, razonable, sensata.... Alegría sin fuego, felicidad sin entusiasmo, pero contínua, constante, imperturbable. Bien puede hundirse la tierra bajo nuestros piés ó desplomarse el cielo sobre nuestras cabezas,—la *buena sociedad* no alterará por eso el órden rigoroso de sus grandes recepciones. Es un pedazo de cielo que no se nubla nunca, un horizonte siempre despejado, un sol de permanente primavera que jamas se pone. ¿Qué tiene ella que ver con el resto del mundo....?

Sabemos que la inercia es la cualidad absoluta de la materia, y que la atraccion es la ley suprema de los cuerpos. En ambas averiguaciones fundan los labios la marcha ordenada y magestuosa del universo. Pues bien; la *buena sociedad* es una masa viva, un

conjunto de materia sumamente *espiritual*, que, puesta en movimiento por la fuerza de una atraccion poderosa, se mueve sin descanso. Semejante á una mariposa inmensa, matizada de esplendorosos colores, vuela con sus alas de encaje y oro al rededor de la luz que la deslumbra, la ciega y la atrae: la luz de la moda siempre variable, siempre inconstante y siempre bella.

Su cualidad absoluta viene á ser la inercia, esto es, la ociosidad, el *dolce far niente*, esa deliciosa pereza del alma y del cuerpo que nos pone á cubierto del cansancio de la vida. A la vez la moda más movible, más inquieta que las olas del mar y las ondas del aire, es su ley suprema, el gran viento que la conmueve, la agita y la lanza en los espacios sin término del lujo.

Realmente su estado no es el movimiento, sino la movilidad: va y viene, entra y sale, sube y baja,—sus coches son los que más corren, sus trenes los que más brillan, sus fiestas las que más suenan.. La vereis en todas partes ligera, afable, risueña, voluptuosa.. Si observais la precipitacion con que sus fugitivas carretelas cruzan las calles y los paseos, creereis que no tiene tiempo para nada; mas si advertis el indolente abandono con que aparece reclinada sobre el mu-

llido respaldo del coche, os persuadireis de que la sobra tiempo para todo. ¿A dónde va....? A todas las fiestas, á todos los espectáculos, á todos los desvanecimientos en que puede encontrarse; va en busca de sí propia, pues como las estátuas griegas de los grandes maestros, parece que solo puede vivir embebida en la contemplacion de sí misma.

Donde quiera que va, va á verse, á exhibirse, á contemplarse delante del mundo subalterno que la sigue, la rodea y la imita: está lo mismo que delante de un espejo; sea donde quiera que mire, no ve más que su imágen.

Verdaderamente no se le puede acusar de hacer un uso exclusivo de su distincion; al contrario, se halla siempre dispuesta á distinguir con su admiracion el valor de toda novedad que, sea del modo que quiera, haga algun ruido en el mundo. ¡Oh! sí; le agrada el talento, le encanta la destreza, adora la fortuna; en una palabra, tiende muy gustosamente su mano á todo lo que sobresale... para todo éxito tiene su sonrisa, y ¡Dios mio..! qué sonrisa tan encantadora.... tan perpétua; todo lo celebra. Sólo impone dos condiciones que se relacionan entre sí inevitablemente: que su admiracion ha de ser fugitiva, y que el objeto á que concede los ho-

nores de su amable benevolencia ha de estar en moda. No es excesivamente escrupulosa en punto á la índole de las novedades que admira, porque sus miradas no tienen por lo comun tiempo para penetrar en el fondo de las cosas. La amenidad de su carácter la obliga á pasar rápidamente de un objeto á otro; intentar detenerla equivaldria á querer sujetar el aire que vuela, la luz que se escapa, el perfume que se evapora. Una hazaña, un libro, un lazo, un dije.... todo lo admira. Un sabio, un poeta, un intrigante, un aventurero.. un.. Vamos, á todos los admite.. Si en el fondo hay una perversidad, una traicion, un oprobio, eso no lo ve; sus ojos no tienen tiempo para verlo. Ella no pide más que superficies, exterioridades, perspectivas, y sobre todo, novedad.... novedad contínua, porque la novedad es su elemento.

Convertir la tristeza en alegría y el pesar en contento, es sin duda alguna poseer un secreto prodigioso. Pues bien; hé aquí que una calamidad nos sorprende, que una catástrofe nos aterra. ¿Qué hacemos? ¿entristecernos? ¿desconsolarnos....? ¿Acudir con las lágrimas en los ojos, la pena en el alma y el dinero en las manos á socorrer la desgracia que nos llama....? ¡Ah! eso es vulgar, ram-

plon, *cursi;* eso lo hace cualquiera. Lo vaporoso, lo exquisito, lo *filantrópico*, es contestar á la calamidad con un gran baile.... salir al paso de la catástrofe con un magnífico concierto, echar sobre la tristeza el fastuoso manto de nuestra alegría, y contener el estrago con el ruido de una fiesta. Allí acudirán las gentes distinguidas que forman el gran mundo; cada uno llevará el óbolo de su amor al género humano, y algo ha de quedar para socorrer á las víctimas de la calamidad ó de la catástrofe. ¿Qué más podemos pedirle.....?

Si hubiera premios para la compasion, nadie podria disputarles el derecho de adquirirlos. Cada billete de esas fiestas atestiguaria el valor auténtico de la caridad más divertida del mundo. Abrid, abrid exposiciones universales de generosos y espléndidos sentimientos, y decidme si sería posible negarles á lo ménos la mencion honorífica.

No es esta, ¡oh *buena sociedad!* la primera vez que dedico mis ociosas, mis excéntricas reflexiones á considerar todo el mérito que se encierra en esos rasgos con que suelen distinguirse las bondades de tu corazon y los esplendores de tu fausto. Yo adularia tus preciosas debilidades, y quemaria ante el altar de tu lujo el incienso de la lisonja; pero,

¡infeliz de mí! no puedo. Castiga con todos tus desdenes la audacia de mi sinceridad, y al ver la fidelidad con que te pinto en el cristal de mis palabras, prorumpe enojada: "¡Oh... ese espejo está loco!"

¿No lo sabes...? La razon es una excentricidad, y la verdad una estravagancia. Los mismos que lisonjean la frivolidad de tus vanidades, piensan lo mismo que yo pienso; pero no me perdonan la osadía, esto es, la nobleza de decírtelo cara á cara. Al poner mis manos profanas en tu sér, por lo visto, inviolable, yo no tengo perdon ni de Dios ni de los hombres. ¿Qué hemos de hacerle? Tú, que á tantos conoces, ¿no te conocerás á tí misma...? Sepárate por un instante de los fátuos desvanecimientos en que te evaporas; busca tu corazon, y ¡dichosa si lo encuentras!

Sea como quiera, ella es la que alegra la vida, la que llena el aire de flores, de lazos, de cintas, de ondas de seda y de ondas de encaje, de miradas y de sonrisas. Por la virtud especial de una alquimia maravillosa que nadie posee como ella, todo lo convierte en fiesta. En los paseos, en los teatros, en las calles y en los salones, en ninguna parte es espectadora, y en todas es espectáculo; su presencia es un encanto, y su ejemplo un incentivo.

Suprimid las enfermedades que afean, los años que envejecen y la muerte que aniquila, y ahí tenis el *bello ideal* de la felicidad humana. El fastidio, esa es la única pena, pero pena que no se anuncia con suspiros, ni prorumpe en sollozos, ni se deshace en lágrimas; solo se manifiesta dulcemente en bostezos. La boca se entreabre lentamente hasta formar una O, y quiere decir: ¡Oh qué aburrimiento!

Por la atmósfera donde respira las contínuas satisfacciones de su vanidad cruzan como ráfagas eléctricas las más curiosas historias, los dichos más agudos y las frases más felices: allí todo se sabe, todo se averigua.... y... vamos, todo se cuenta.

Y bien, dirán aquellos á quienes les gusta penetrar en el secreto de todas las cosas; esa es la parte exterior de la vida que todos conocemos, la pared que da á la calle. Detras de esa superficie, ¿no hay nada...? Al otro lado de esa pared, ¿qué es lo que se oculta? ¿No hay vida íntima....? ¿Qué nos cuenta usted de los cuidados de la familia, de las tareas caseras, de los afanes domésticos.....? ¡Oh qué curiosidad tan impertinente! La vida íntima es la comun, la vida vulgar, la vida ordinaria, esto es, la prosa de la vida. Bah... no hay tiempo para eso. Ademas, encerrarse

en el último rincon de la casa es oscurecerse, eclipsarse, y fuera del salon donde se recibe, del comedor donde se prodiga el placer de la mesa, del tocador donde se perfeccionan los encantos de la belleza, del gabinete, en fin, verde como la primavera, ó azul como el cielo, sonrosado como la aurora ó blanco como las alas del cisne, donde se recrea el espíritu con la amenidad de las más entretenidas murmuraciones, el resto de la casa es un desierto.... ¡Qué soledad....! ¡qué tristeza.....!

Los cuidados de la familia, las tareas caseras, los afanes domésticos, allí están sin duda desvanecidos, ocultos entre la sombra que flota en los últimos términos del cuadro. No puede consagrar sus desvelos como el vulgo de las gentes á esas menudas pequeñeces. Es verdad que Isabel la Católica solia con caprichosa frecuencia componer la ropa blanca de su marido, como la más humilde mujer del pueblo; pero tan mal gusto no debe servir de regla. Además, en las regiones del gran mundo hay tambien manos delicadas que suelen alguna vez bordar con primoroso arte las preciosas divisas con que se engalanan en las grandes corridas los toros más bravos. Los demas quehaceres de la casa, los demas cuidados de la familia son co-

sas que la *buena sociedad* se encuentra hechas. Porque, vamos á cuentas: el ayo, la nodriza, el mayordomo, el ama de llaves, la doncella, el repostero... ¿de qué sirven...?

Reconozcámoslo: la *buena sociedad* es la que ha resuelto el gran problema de la vida.... Ella es en sí misma el movimiento contínuo que la ciencia busca inútilmente; es la cuadratura del círculo de la felicidad humana. Ha sabido desprenderse de todos los sinsabores que nos afligen en la tierra, y rompiendo las tradiciones de nuestra universal desgracia, se ha constituido en ejemplar constante de dicha permanente. Si quereis, cada uno de los dichosos séres que la componen será el más desventurado de los hombres ó la más infeliz de las mujeres. Es posible, y no seré yo el que pretenda negarlo; pero el conjunto, la reunion de todos, forma esa atmósfera risueña y luminosa que se respira en sus altas regiones.

Vedla y decidme si es posible no envidiarla. Del salon á la mesa, de la mesa al coche, del coche al palco; en su almanaque todos son dias de fiesta. Las penas huyen de ella como huye la noche del dia, y la tristeza se desvanece ante su presencia como se desvanecen las nubes delante del sol. Ve caer los tronos, hundirse las majestades de la tierra, agitar-

se el mundo en dolorosas convulsiones, con una imperturbabilidad verdaderamente heroíca.... Nada hay que turbe las delicias de su vida; de más léjos ó de más cerca, siempre es la corte que sigue á todos los éxitos. Ha encontrado la felicidad, y no hay manera de que la suelte.... ¡Felicidad...! Entendámonos: la pueril satisfaccion de pequeñas vanidades, el efecto de las grandes recepciones, el éxito de los trenes, el brillo del fausto, el placer muchas veces amargo del amor propio satisfecho.. hé ahí el secreto de toda su dicha.. Para lo demas ¡qué delicado egoismo..! ¡qué desden tan exquisito..! qué soberana indiferencia..!

Si no fuese el mundo el teatro donde brilla su fausto, donde resuena el ruido incesante de sus fiestas, donde contemplamos el risueño espectáculo de su contínua presencia... podria crerse que no vive en el mundo.

Reduciéndola á un breve resúmen en que esté íntegramente contenida, podemos presentarla de esta manera:

Su ley es la *moda.*

Su gloria el *lujo.*

Su pasion la *toilette.*

Su manía el *sprit.*

Su delicia el *confort.*

Su cronista *Pedro Fernandez.*

V.

PEDRO FERNANDEZ.

En Setiembre del año 1860 falleció en París la duquesa de Alba, y aunque el mundo no ha sido nunca muy propenso á derramar lágrimas, la muerte de tan ilustre señora fué generalmente sentida. Ademas del rango en que habia nacido, las prendas que la adornaban merecian este homenaje del mundo, y el mundo tributó á su memoria un justo sentimiento.

Es indispensable evocar este triste recuerdo, para que el lector comprenda bien los rasgos de la *Fisonomía* que va á ver en el presente capítulo, porque hace diez y seis años que la bosquejó mi pluma, y ya ¡quién se acuerda de ella!

Pedro Fernandez era á la sazon el cronista de los salones, el eco de sus gracias, de sus encantos, de su gloria; su alegría, su *sprit*

era, como si dijéramos, las niñas de sus ojos. ¡Friolera! el intérprete fiel encargado de esparcir por el mundo el *fac simile* de sus fiestas, de sus faustos, ¡Dios mio! de su bella vida y de sus exquisitas costumbres. Era, en fin, el vidrio del espejo en que la *buena sociedad* se veia semanalmente retratada en las columnas de los periódicos.

Pero, ya se ve; no puede ser todo alegría sobre la tierra, y la noticia del triste acontecimiento que acabo de recordar, vino á oscurecer por algunos dias el cielo siempre risueño del gran mundo, y aquí de *Pedro Fernandez*. Lo fúnebre del caso reclamaba una *Elegía* y el cronista, elevándose sobre la prosa de la muerte, cantó, si puedo decirlo así, todas las vanas pompas de la vida. Buscó perfumes para sus suspiros en los aparadores de *Fortis*, los anaqueles de las joyerías le proporcionaron perlas para sus lágrimas, y lloró hilo á hilo sobre el cadáver torrentes de blondas de sedas y de encajes. Aquella prendería apareció á mis ojos más pavorosa que el mismo Oficio de difuntos.

El genio de los salones, por un prodigioso esfuerzo de *toillete*, hizo salir de la sepultura en que todo acaba, las fastuosas vanidades del mundo en que parece que todo empieza.

¡Qué hondo encontré aquel conjunto de superficialidades! Tan hondo como una sepultura.

Veia cerrarse un sepulcro y abrirse otro: se cerraba el sepulcro en que iban á desaparecer para siempre de la superficie de la tierra los restos mortales de una dama ilustre, y veia al mismo tiempo abrirse en las soledades de una cruel necrología el sepulcro del alma de *Pedro Fernandez.*

Entónces cogí la pluma y tracé los rasgos verdaderos que forman la siguiente *Fisonomía:*

"Hace lo ménos una hora que me siento oprimido por el peso de una extraña perplejidad.

No sé si debo entregarme á la risa que siento retozar en la superficie de mi pensamiento, ó si, por el contrario, debo afligirme con la tristeza que descubro en el fondo de mis ideas.

Para llegar á la difícil situacion en que me encuentro, he tenido que atravesar los largos períodos de un artículo necrológico, cortado y cosido con arreglo á las prescripciones del último figurin.

Vacilo sin poderlo remediar entre las voluptuosas sensaciones que se escapan de un tocador entreabierto á mis ojos por la indis-

creta mano del peluquero ó de la doncella, y las graves reflexiones que hieren mi espíritu ante la tierra removida de una sepultura que acaba de cerrarse.

Yo no sé si debo reirme de las caprichosas extravagancias de la moda, ó si debo doblar mi cabeza triste y pensativa ante los pliegues frios de una mortaja.

Porque hay quien ha tenido el exquisito gusto de mezclar y confundir todos los insustanciales atavíos de una mujer elegante, con los restos inanimados de una dama que ha dejado de vivir.

No sé qué determinacion tomar, entre la vida y la muerte, entre un baile y un cementerio, entre las lisonjas de la frívola galantería y las notas graves del *De profundis*. Estoy textualmente entre la espada y la pared.

Si me rio, voy á profanar la santidad de un cadáver; y si me dejo arrastrar por los impulsos de la tristeza, voy á arrugar la tersa superficie de un vestido que acaba de salir de las manos de la modista.

Hay cosas que, como las cosquillas, disfrutan del doble privilegio de hacer llorar y reir á un mismo tiempo.

Hé aquí una idea que participa á la vez de entrambas cualidades.

Hé aquí un pensamiento triste y sério que ha de despertar necesariamente la risa en cuantos lo lean.

Vedle aquì:

Ha llegado el caso de que las personas notables por alguna circustancia, mediten mucho lo que van á hacer ántes de decidirse á morir.

Conviene no partir de ligero en un asunto que puede servir de pretexto á la incansable locuacidad de alguna pluma más ó ménos cándida.

Detrás de la muerte, por séria que sea, puede estar hasta el ridículo.

Porque la vida que se deja con el último suspiro, parece que es patrimonio del primero que lo necesita para continuar viviendo.

Medítese bien en este oscuro y terrible contrasentido.

Despues de muertos, hay quien puede servirse de nuestra misma muerte; y el que se decida al fin á abandonar el mundo para siempre, debe ocultarlo en secreto impenetrable, si no quiere ver su vida colgada como un cuadro en una exposicion de pinturas.

¡Ah, *Pedro Fernandez*! si yo tuviera la indiscrecion de morirme, ¡qué poco habia de

encontrar tu solícita pluma en las soledades de mi gurda-ropa!

Para entristecerte de veras ante la idea de mi muerte, debo decirte que yo no tengo tocador.

Y vosotras, brillantes bellezas, que habeis doblado la vida con la mayor frescura por la escondida articulacion de los treinta años, haceis muy bien en seguir viviendo en esa obstinada juventud.

El dia que hagais el último gesto, Pedro Fernandez perfumará las columnas de algun periódico con la esencia maravillosa de vuestros excelentes cosméticos.

Mojará su pluma afable en un bote de *bandolina*, y el mundo sabrá, por el valor de los aderezos, la riqueza de los vestidos y el gusto de los adornos, la pérdida que tiene que llorar.

Si es que habeis hecho ánimo de morir alguna vez, conservad cuidadosamente vuestras faldas de encaje, vuestras sartas de perlas y vuestras gorras de dormir, para que *Pedro Fernandez* pueda legar vuestra memoria á la posteridad.

Las bellas acciones, los sentimientos puros, las virtudes domésticas, ocultadlas en el fondo de vuestros corazones, como se oculta una cana impertinente ó una arruga indiscreta.

Lo que debeis abrir en el momento triste de cerrar los ojos para siempre, son los dorados cajones de vuestras cómodas, los ricos vasos de vuestros perfumes y las anchas puertas de vuestras caballerizas.

A vuestra última carretela acudirá el sentimiento de vuestra muerte á buscar el dolor y la tristeza.

Y en rigor, ¿qué cosa es morir? ¿Es más que un viaje al otro mundo?

¿Por qué no se ha de despedir á una dama jóven, hermosa y elegante que comprende esta repentina peregrinacion, de la misma manera que se la despediria para Wis-baden, París ó San Petersburgo?

Reflexionemos formalmente sobre este acto indispensable de la vida.

¡Morir! El padre, el esposo, los hijos, los parientes y los amigos rodean con tierna avidez el lecho del moribundo, porque quieren recoger su último suspiro.

Esto es natural.

El afecto de otros se manifiesta de un modo más exquisito.

En vez de recoger el último suspiro del moribundo, recogen sus últimos vestidos y sus últimos adornos.

Esto es tambien natural.

La madre repasa una á una las bellas prendas del corazon de la hija que acaba de perder.

Esto es cierto.

La modista enumera sus trajes.

Esto es matemático.

Cada uno ve las cosas por el lado que se le presentan.

Esto es inevitable.

Un cadáver no es para todos una misma cosa.

Al revolver las cenizas de una sepultura, no todos encuentran huesos carcomidos: hay quien tropieza con el recuerdo de una alma noble ó con la historia de una virtud humilde, y *hay* quien no encuentra más que el fausto de la vida, la gloria de los encajes y la inmortalidad de los perfumes.

Este último *ay* es el de Pedro Fernandez.

Ignoro yo qué es lo que puede pasar en el corazon y en la inteligencia para que lleguen á confundirse, de la manera que hoy estoy viendo, las fatuidades de la vida con la santa tristeza de la muerte.

¡Cuánto dolor hubiera experimentado la noble señora, cuya muerte todos sentimos,

si hubiera podido leer en los momentos de su agonía el artículo necrológico de *Pedro Fernandez!*

La inocencia tiene á veces horribles crueldades.

Se necesita un esfuerzo supremo para hacer de una necrología un artículo de modas.

No sé qué género de literatura ó qué clase de sentimientos hacen escribir un artículo necrológico, en el cual solo la tinta está de luto.

Jóvenes humildes, á quienes la naturaleza no ha hecho hermosas, ni la fortuna ricas, no envidieis ni la riqueza ni la hermosura, porque la que ha nacido bella y opulenta, tiene detras de sí en estos tiempos una desgracia implacable, que no la perdona ni áun despues de muerta.

Esta desgracia se llama *Pedro Fernandez.*

Concluyamos.

¿Sabeis lo que es la sepultura de una mujer jóven, hermosa y elegante?

Es un pedazo de tierra, sobre el cual viene la religion y pone una cruz.

Viene el cariño, y deposita una lágrima.

Viene el respeto, y escribe:

"Aquí yacen los restos mortales de doña Fulana de Tal."

Viene *Pedro Fernandez*, y lo cubre con un *miriñaque*.

Un artículo necrológico escrito con la pluma de un sombrero, es una novedad que *Pedro Fernandez* tenia guardada en el último rincon de su literatura.

Tambien la muerte tiene su antesala."

LA GRAN CIENCIA.

I.

¿ES CIENCIA?

Vamos á descubrir por un momento la nebulosa fisonomía de la ciencia que hoy ilumina las regiones del mundo civilizado. No hay que asustarse; seré breve.

Buscar el principio de los conocimientos, la regla de los juicios y el fundamento de los deberes del hombre es el objeto de la filosofía. Así es "que no se muestra con los caractéres esenciales que la constituyen sino cuando ha fijado los principios fundamentales de los conocimientos humanos. Hasta entónces incompleta, incierta, no sale del rango de las simples opiniones. Luego que ha encontrado estos principios que han de servirle

de piedra angular, es cuando se constituye en verdadera ciencia." De este modo se expresa un filósofo racionalista en un momento verdaderamente razonable.

A mí me ocurre preguntar: El variado conjunto de doctrina y de sectas de que se compone la filosofía que llamamos moderna, ¿tiene derecho para aplicarse el dictado de ciencia...? Es decir: ¿ha fijado los principios fundamentales de los conocimientos humanos? Veamos.

Esta *ciencia* inquisitiva, escudriñadora, ¿qué ha averiguado acerca de Dios? Esta misma filosofía moderna, vieja ya en tiempo de Ciceron, le hacia exclamar al padre de la elocuencia latina: "Entre las diversas cuestiones entabladas por los filósofos sin haber podido resolverlas, una es la cuestion de *la naturaleza de los dioses*. Sobre este grande objeto, han emitido los sabios tantas y tan contradictorias opiniones, que por este solo hecho está uno autorizado para pensar que el principio de toda filosofía es la necedad." Y no se detiene aquí la ingénua desesperacion del filósofo pagano, pues reconociendo la impotencia de la razon abandonada á sí misma, añade: "En presencia de tanta oscuridad, de tantas opiniones contrarias de parte de los hombres más grandes, yo me veo obligado

á atenerme á este principio: que el hombre no puede comprender nada, ni estar cierto de nada."

Pues bien; aquella misma filosofía, cuyo sistema consiste en no creer en ninguna autoridad, y no ceder sino á las razones que despues de haber reflexionado parezcan mejores á cada uno, es la que pasando por el método experimental de Bacon abre paso de nuevo al materialismo de Epicuro, la misma que renaciendo en la duda metódica de Descartes resucita el escepticismo de Platon, la misma, en fin, que vivificándose en el método de demostracion de Leibnitz despierta en los entendimientos el racionalismo de Zenon. Esa misma es la que desenvolviéndose despues en el sensualismo de Locke, en el escepticismo de Hume, en el idealismo de Burkeley y en la razon pura de Kant, ha cubierto el mundo intelectual de pavorosas tinieblas, y al conjunto de esas eternas oscuridades es á lo que llamamos filosofía moderna.

Yo vuelvo á preguntar: ¿Esta ciencia es ciencia?

II.

DIOS.

Y bien; despues del concurso sucesivo de tantas y tan poderosas inteligencias; despues de tanto tiempo, de tanto estudio, de tanta sabiduría, ¿qué ha averiguado de cierto acerca de *la naturaleza de los dioses*....? ¿A cómo estamos hoy dia de la fecha acerca del *grande* objeto de la primera causa...?

¡Oh inagotable juventud de la ciencia....! estamos en el principio. La misma oscuridad, la misma confusion, la misma variedad de opiniones encontradas.

Dios es todo, ó no lo es nadie, ó lo es cualquiera.... ¿No os satisface ninguna de esas tres averiguaciones....? No importa; hay otras: Dios es una hipótesis; ¿no....? Dios es una palabra. Si esto os parece demasiado vago, demasiado oscuro, la ciencia *positiva* os dará más pormenores: Dios es el *gran sér*, y ese *gran ser* es..... la *Huma-*

nidad. Acaso tengais esta averiguacion por un poco arbitraria; mas no hay que afligirse, porque la ciencia moderna va á pronunciar su última palabra. Basta ya de vacilaciones, de medias tintas, de vaguedades; la cúpula del edificio de la impiedad debe ser la blasfemia... la blasfemia científica..... *Dios es el mal.*

Acerca de este punto, la filosofía moderna no ha salido del caos en que vivió la filosofía antigua...; sus investigaciones no han sido mas afortunadas. De cualquier modo, toda la variedad de sectas en que se divide desde Epicuro á Carl Vogt vienen á unirse en un fin comun: el ateismo. La proscripcion de Dios decretada por el hombre: Dios sustituido en la filosofía por la razon libre, en la ciencia por la naturaleza, en la moral por la ciencia independiente, en la historia por la fatalidad, en la sociedad por el socialismo. La *primera causa* es un misterio impenetrable, y hé aquí que le falta el primer *fundamento de los conocimientos humanos;* mas no se detiene, y deifica á la razon que tanto yerra, á la naturaleza que se ignora á sí misma, á la conciencia que tan fácilmente se turba, á la fatalidad que es ciega..... al socialismo que es la negacion de la sociedad; y sin más ni ménos, con una expedicion ad-

mirable y con una audacia increible, construye á su gusto un género humano, digámoslo así, científico, sin orígen, sin libertad, sin responsabilidad, sin moral, sin providencia y sin justicia.

¡Dios...! ¿Qué necesidad hay de semejante cosa...? Se empeña el género humano en que lo ve, en que lo siente, en que posee la tradicion cierta de su existencia; se empeña en confirmarlo el consentimiento universal de todos los tiempos, de todos los pueblos, de todas las generaciones... Quimera vana, quimera que urge disipar. La ciencia libre no puede someterse á esa manía del género humano. No basta suprimirlo en nombre de la razon, de la naturaleza, de la conciencia, de la fatalidad; es preciso ademas infamarlo.

Y en presencia de tanta oscuridad, de tanta confusion, de tantas y tan contradictorias opiniones, y de tanta audacia, me creo tambien autorizado á decir que el principio de toda esa filosofía es la necesidad. Imaginaos un hombre que, perdido en la confusion de las calles de una gran ciudad, busca á su padre, y en atencion á que no lo encuentra, se declara sencillamente hijo de sí mismo. No hace otra cosa la filosofía moderna en la investigacion de la primera causa.

III.

EL HOMBRE.

Y del hombre, sér dependiente, limitado, mortal, ¿qué es lo que piensa...? ¿Qué han inquirido los filósofos modernos del *bípedo implume* de Platon ó de las hermosas bestias de la piara de Epicuro..? ¡El hombre...! ¡Ah! ¡aquí sí que ha hecho averiguaciones la filosofía...! Por una parte es la *apoteósis de la humanidad...* por otra el *Yo absoluto.* Algo más jurídicamente considerado, viene á ser el *dominis de su personalidad.* Visto de arriba abajo, no ofrece otro aspecto que el de la *necesidad de su sér.* Yo, que tengo la certidumbre de que he nacido y la evidencia de que he de morir, no encuentro en mi flaqueza, en mi debilidad, en mi humillacion nada que se parezca á una apotéosis. Yo, infeliz criatura, en quien todo es contingente, limitado, relativo, no veo en mi sér ningun yo absoluto. Yo que no me he concedido la

vida, ni puedo evadirme de la muerte, que vivo sujeto á las leyes de la naturaleza y á las de la sociedad, que no sé por mí solo dominarme ni poseerme.... ¿qué especie de demonio es el de mi personalidad....?

Pero no; nada de eso: yo soy la *necesidad de mi sér*. ¡Estupenda averiguacion! ¡Yo me soy necesario á mí mismo, ó lo que es igual, mi sér necesita de mí para que yo sea yo. O bien es, que yo tenía necesidad de sér. ¿Cuándo? ¿ántes de haber sido....? Juro formalmente que no recuerdo haber experimentado en esa época semejante necesidad. ¿Despues de haber nacido....? ¡Ah! es evidente: yo no puedo vivir sin mí; no puedo existir más que conmigo.

Todavía, sin embargo, no es ese el hombre. Por esas esplendorosas designaciones podreis concebir una idea aproximada, un indicio vehemente, pero que todavía no es la idea definitiva. La ciencia al fin lo ha sorprendido en un momento de abandono y ha penetrado en el hondo secreto de su existencia... Ya no tiene escape; su tenaz reserva ha sido inútil; está resuelto el problema, descifrado el enigma. La esfinge de la filosofía va á disipar las oscuridades del misterio: oid al oráculo.... Bah, el hombre *es un sér indefinido*.

¿No lo entendeis....? Es un sér ignorado; un extranjero que llega de un país desconocido. ¡Qué capricho.....! viaja de rigoroso incógnito, ni él mismo se conoce. No le pregunteis qué es, porque no lo sabe. ¿Y no habrá por el mundo algun filósofo que me presente á mí mismo para que tenga yo al ménos el gusto de tratarme....? Sí, aquí está Vogt, Vogt y toda su numerosa escuela; Vogt, que dá *lecciones sobre el hombre.* Todo el misterio se encuentra reducido á una simple cuestion de genealogía.... Este filósofo ha penetrado en el secreto originario de la familia. Ya no hay duda acerca de ello; la luz está hecha, y vamos á vernos con toda la claridad de la ciencia. Sí, no hay que darle más vueltas. ¡Oh secretos inescrutables de la naturaleza....! El hombre *es el mono perfeccionado.*

Vosotras, gentes sencillas, que acudís al *Retiro* y penetrais llenas de curiosidad en la *Casa de fieras*, y os desternillais de risa al rededor de la gran jaula donde saltan en contínua inquietud tantos monos prisioneros, no os mofeis de sus contorciones, no os burleis de sus muecas, porque la naturaleza no os ha dispensado todavía de los deberes que impone el respeto de los hijos á los padres. Esos cuadrumanos que escarneceis con dis-

culpable ignorancia, son nuestros ascendientes, nuestros abuelos; á ellos les debemos el sér, la vida, la inteligencia; ellos forman el tronco permanente del árbol genealógico de que nosotros somos las ramas.

Si la naturaleza en un momento de mal humor rompió el molde en que perfeccionó al mono haciéndolo hombre, seria sin duda con el fin de perpetuar la especie originaria de la familia humana, para que el mono mismo sea á los ojos de la ciencia el testimonio vivo, auténtico de nuestro orígen. Y hé ahí cómo hemos venido á ser contemporáneos de nuestra más lejana ascendencia.

IV.

RESUMEN.

Tenemos, pues, respecto á Dios todas las tinieblas de la filosofía pagana, y todas las blasfemias de la filosofía moderna; las sombras del paganismo y las ceguedades de la impiedad. Respecto del hombre, la misma oscuridad, la misma ignorancia, la misma degradacion, las mismas extravagancias. Reduciendo á términos precisos la vária doctrina de la razon libre, venimos á caer en estas dos conclusiones filosóficas:

Dios es una simple quimera.

El hombre es una mera casualidad.

Ciertamente que no han de satisfacernos tan pasmosas averiguaciones, porque, por mucho que reduzcan nuestro entendimiento las voluptuosidades del *idealismo*, ó embriaguen nuestros sentidos los deleites del *materialismo*, siempre se levantará del fondo de

nuestro sér una voz profunda, íntima, que clamará diciendo: ¡Mentira...! ¡Ignominia...! Pero esa voz misteriosa es una voz empìrica; no es la voz de la ciencia independiente, de la filosofía libre; y miéntras el mundo ignorante cree, ama y espera, la sabiduría moderna, á título de ciencia, enseñará á los hombres la incredulidad, la desesperacion y el odio.

Pero bien; no siendo Dios Dios, ni el hombre hombre, ¿qué se ha descubierto acerca del alma humana....? ¿Qué hemos de hacernos de ella....?

Tan curiosas son las investigaciones de la filosofía de que hablamos respecto á este punto, que bien merecen el honor de un capítulo aparte.

Por lo que hace á mí, esta tarea me cansa, me angustia, me aflige, y dejo la pluma embargado el ánimo por el desconsuelo y la tristeza.

V.

EL ALMA.

Hay una palabra que se pronuncia en todas las lenguas, que tiene su expresion en todos los idiomas, una voz que está siempre en la boca del hombre, que viene de una época remota repetida de siglo en siglo, de generacion en generacion, de pueblo en pueblo: *Alma*. ¿Qué es eso? ¿Cuál es su sentido? ¿Qué significa...? Yo quisiera saber qué cosa es esta que hay dentro de mí, que no me deja ni un instante de reposo, que me descubre mundos que mis ojos no ven, que me angustia con dolores y me recrea con delicias que mi cuerpo no siente, que me saca fuera de mí mismo, iluminando á mi alrededor horizontes ignorados, y me enseña á descubrir secretos impenetrables á mis sentidos.

Preguntemos á la sabiduría pagana.

¿Es el fuego Zenow? ¿Es el movimiento contínuo de las fibras del cuerpo, imaginado por Aristóteles y por Aristóxenes? ¿Es el número de Xenocrates y de Pitágoras? ¿Son las tres almas de Platon...? La filosofía pagana no acertó á salir de esas sábias extravagancias. Oigamos ahora á la ciencia moderna.

El alma viene á ser *una porcion del cerebro.*

Error... error profundo. Nada de eso; en vez de una porcion del cerebro, es sencillamente *la sangre*, la sangre que sube y baja, que entra y sale, que va y viene, que no para ni un momento miéntras dura la vida. Pero no nos alucinemos... ¡la sangre! No hay tal cosa... Ahora sí que la hemos cogido: Es *la armonía preestablecida...* ¿Qué duda cabe! *Armonía*, ¡qué bella palabra! *preestablecida*, ¡qué rigor filosófico!

Mas discurramos con calma; no hay para qué precipitarse, porque la filosofía no tiene prisa. Agotemos los recursos del raciocinio; puede muy bien ser otra cosa, y no debemos apresurarnos... ¡Quién sabe! ¿Por qué no ha de ser, por ejemplo, el resultado de *las causas ocasionales*, ó un fenómeno de *la influencia física*, ó si no la simple *perfeccion del organismo corporal?* ¡Qué duende tan misterio-

so...! ¡qué sustancia tan rebelde! ¡qué fácilmente se escapa del alambique de la razon soberana....! Mas acaso en el resúmen de todas esas opiniones filosóficas, encontremos algun vestigio del alma humana.

Prestemos por un momento oido á las conclusiones de la escuela de Moleschott:

"La voluntad, es la expresion necesaria de un estado del cerebro, producida por influencias exteriores; no hay voluntad libre."

"Un crímen, es el resultado lógico, directo é inevitable de la pasion que anima."

"Sin fósforo, no hay pensamiento."

"La conciencia es tambien una propiedad de la materia."

Conclusion definitiva: No hay tal alma.

Jouffroy, más tímido, aplaza la cuestion para más adelante, en atencion á que "la humanidad no está todavía bastante madura para tratar la cuestion del alma."

Perfectamente; pero ¿qué hacemos entre tanto...? ¡Justicia Divina, con qué claridad resplandeces hasta en la tenebrosa ciencia de los impíos!

Sus espantosas negaciones son el testimonio más auténtico de tu eternidad y de tu gloria.

VI.

CRITERIO DE VERDAD.

¿Y cuál es el criterio de verdad que ha encontrado esa filosofía en el curso sucesivo de sus investigaciones metafísicas..? No es en este punto ménos incierta y ménos oscura.

Para Varron no habia nada cierto fuera de las instituciones políticas ó civiles del país; para Ciceron todo era dudoso fuera de las creencias religiosas de cada pueblo, y Carneades, en fin, solo veía en el consentimiento universal el fundamento único de toda certidumbre. La antigüedad pagana de Grecia y de Roma dió con esas tres maneras principales para distinguir lo cierto de lo dudoso, lo verdadero de lo falso; pero la edad moderna, más fecunda en recursos, ha puesto á nuestro arbitrio una verdadera série, una generacion completa de criterios.

La experiencia.

La razon suficiente.

El instinto.

El hábito.

El sentido moral.

El sentido natural.

El sentido comun.

El sentido interno.

La sociabilidad.

La identidad.

El principio de contradiccion.

No podrá decirse que no nos ha dotado de modos bastantes para saber la verdad. ¡Cuánto criterio....! ¡Cuánta piedra de toque....! y sin embargo, no encuentra por ninguna parte el oro precioso de la certidumbre. En presencia de tanta confusion, de tantos pareceres, de tantas opiniones, será preciso retroceder muchos siglos, y desesperados de nuestra propia impotencia, exclamar con los dos filósofos más grandes de la antigüedad: "No se debe admitir como verdadero más que aquello que á cada uno le parezca verdadero, consultando á la naturaleza;" ó bien: "Como no es posible obtener certidumbres, nos detenemos en las probabilidades." Así, la razon abandonada á sí misma, cae de las cumbres de la falsa sabiduría en los abismos de la verdadera ignorancia. ¡Cuán triste es el destino de esa ciencia infausta! Siempre

la duda, siempre la incertidumbre, es á la vez el suplicio de Tántalo y el castigo de Icaro, como las tempestades llevan delante la oscuridad y dejan en pos de sí los desastres.

Todo lo quiere inquirir, y acaba siempre por negarlo todo; niega á Dios, niega el alma, niega al hombre; negando á Dios, niega toda justicia y toda providencia; negando el alma, niega toda moral; negando al hombre, niega la sociedad misma. Reduciendo las ideas á meras sensaciones, niega tambien las ideas. Como la filosofía del paganismo desconoce el *supremo bien*, lo ignora; y como ella lo busca en la ciencia, en la riqueza, en la apatía, en la indiferencia, en la ausencia de todos los dolores, en la posesion de todos los placeres, en los goces del espíritu ó en los goces del cuerpo, y no lo encuentra, y tambien lo niega.

Condenada al horror de una incertidumbre eterna, dividida y subdividida en escuelas, en sectas, en opiniones y en pareceres, sin un criterio comun de verdad á qué atenerse, acaba al fin por negarse á sí misma.

VII.

NO ES CIENCIA.

No es ciencia, porque no ha sabido fijar los principios fundamentales de los conocimientos humanos. No es moderna, porque no ha hecho más que recoger y resucitar todos los errores, todas las extravagancias, todas las tinieblas de la filosofía pagana, renovando el escándalo de sus interminables disputas, despertando sus abominables costumbres y sus degradantes vicios. No es filosofía, porque ¿dónde tiene el principio seguro de los conocimientos, la regla fija de los juicios y el fundamento permanente de los deberes del hombre? No es, pues, ni verdadera ciencia, ni verdadera filosofía, ni siquiera una verdadera novedad... ¿Qué es, pues? La audacia de la soberbia, la desesperacion de la impotencia... Me atrevo á decirlo: el oprobio del entendimiento humano.

En sus tenebrosas soledades se han perdi-

do grandes talentos, poderosas inteligencias, nobles propósitos y bellos caractéres, y los nombres ilustres que puede invocar en honor de su triste gloria, en vez de absolverla la condenan; no la amparan; más bien la denuncian. Nada cierto ha encontrado en ella ni el genio de la antigüedad, ni el genio de la edad moderna, y entónces, como ahora, no ha recogido de la esterilidad de su sabiduría, ni virtudes, ni felicidades que ofrecer al hombre sobre la tierra.

En cambio ha cubierto el mundo de sombras, de tempestades y de degradaciones; al querer ahogar la *Fe*, ha sembrado en el espíritu humano las más bochornosas credulidades; al querer arrancarle la *Esperanza*, le ha infundido la desesperacion; y al querer extinguir la *Caridad*, ha despertado entre los hombres el egoismo, el odio y la envidia.

¡Ciencia orgullosa! No to debo ni una verdad, ni una alegría, ni un consuelo. No puedo mirarte sin indignacion; creo que te burlas de mí; unas veces me adulas, y otras me insultas; ya me elevas á la categoría de un Díos, ya me impones la ignominia de proceder de una bestia salvaje; deificas mi razon, divinizas mi inteligencia, y al mismo tiempo me condenas al deshonor de no ser

más que materia bruta. Tú le robas la nobleza á mis ideas y el perfume á mis sentimientos, y causas en mí una embriaguez llena de angustia, porque eres el vértigo que produce el abismo.

Y la sociedad, ¿qué te debe...? ¡Ah! Te debe el excepticismo en que vive, la convulsion en que se agita, la inquietud en que se mueve, el desierto moral en que habita. Te debe su egoismo, las frialdades de su alma, las inconstancias de su corazon, la instabilidad de sus intereses, el rebajamiento de los caractéres, el mercantilismo que nos hiela... Te debe las tormentas del mundo político, las tiranías del éxito; la lucha formidable entre el capital y el trabajo..... las terribles conquistas de la *Internacional*, los horrores de la *Commune*. Todo eso te debe.

Ella es, para que acabemos de conocerla y de bosquejarla, la que ha convertido la libertad legítima del hombre en afrentosa licencia; el número, en razon; la duda, en ciencia; el éxito, en derecho; el interés, en ley; la voluptuosidad, en arte, y la sensualidad, en costumbre.

EL FILOSOFO MODERNO.

I.

LA ESPECIE.

Oigamos por un momento á Diderot, que va á darnos una idea general de la especie.

"Todos somos ecléticos. Desde el siglo XV, ¿qué hacemos, pregunta, tantos como somos? ¿Qué somos desde Jordan Bruno, desde Cardano? ¿Tenemos acaso una bandera, una escuela...? Yo no veo más que libres pensadores celosos de la prerogativa más bella de la humanidad: la *libertad de pensar por sí mismo.* El sectario es un hombre que ha abrazado la doctrina de un filósofo, el ecléctico, por el contrario, es un hombre que pisoteando la *preocupacion*, la *tradicion*, la *antigüedad*, el *consentimiento universal*, la *auto-*

ridad, en una palabra, todo lo que subyuga al vulgo de los espíritus, se atreve á pensar por sí mismo, á remontarse á los principios generales más claros, examinarlos, discutirlos, no admitir nada sino sobre el testimonio de su experiencia, de su razon y de todas las filosofías que ha analizado, sin razonamiento y sin parcialidad, hacerse una particular que le pertenezca."

Semejante eclecticismo constituye el estado de profunda anarquía intelectual en que se agita el *pensamiento libre*. Y como que cada uno debiendo referirse á su propia razon en materias de verdad, es muy difícil que se entregue á la razon de los otros, resulta, que cada filósofo viene á ser una filosofía particular que le es propia y que casi exclusivamente le pertenece. Cada *libre pensador* forma un cuerpo de doctrina para su uso. Se puede decir que cada hijo de vecino funda su escuela en la que él mismo es el único maestro y el único discípulo. La última evolucion hegeliana ha dicho: cada cual es así propio su dios; y en tal caso nada más justo que cada uno de esos filósofos tribute á su sabia divinidad el homenaje solitario de su propia adoracion.

Mas en medio del individualismo científico de esta sabia confusion, se distinguen

las tres ramas principales que parten del tronco de la filosofía independiente. Por una parte están los *idealistas* que niegan el cuerpo, más allá están los *materialistas* que niegan el alma, y ántes de llegar á unos y á otros tropezareis con los *deistas:* deismo del cual dice Proudhon que es el ventorrillo necesario á los que han abandonado la religion de sus padres.

Si hemos de dar crédito á Ciceron, que en este punto es testigo irrecusable, no hay absurdo ni extravagancia por grande que sea, que no haya sido enseñado por algun filósofo.

Descartes fué del mismo parecer, y tan ingénuo como Ciceron no tuvo inconveniente en confesarlo: "Está demostrado por la experiencia, dice, que los que profesan la filosofía son muchas veces los que saben ménos, y que no hacen tan buen uso de la razon como los que no se han dedicado nunca á semejante estudio."

En fin, Rousseau ha llevado mucho más léjos la severidad de su juicio, pues en un momento de desesperacion ó de remordimientos se escapó de su alma esta desolada frase: "El hombre que razona es un animal depravado."

Despues de los tres testigos que acabo de

citar, ¿me permitirán los *espíritus fuertes* que invoque el testimonio de San Pablo? Refiriéndose á los más grandes filósofos de la antigüedad pagana, decia el Apóstol de las gentes: "Estos hombres que se habian colocado como los más sabios de los hombres, no eran sino los más nécios y los más estúpidos de ellos."

Pero no nos contentemos con el juicio de los testigos. Oigamos á algunos de los filósofos que más alto han puesto el honor de la razon libre. Oid la opinion científica que Jouffroy tiene de sí mismo.

"Hay todavía, dice, demasiadas preocupaciones en el mundo, demasiado orgullo en el hombre, demasiado cristianismo en Europa, demasiada fé en la Francia, para que se pueda, sin temor de herir legítimas susceptibilidades, afirmar que el hombre no es más que una bestia, que vive por el cuerpo y concluye con el cuerpo."

Sea lo que quiera la ignominia que Jouffroy os anuncie en esas palabras, siempre tendreis que agradecerle el respeto que tributa á vuestras susceptibilidades. No se os puede decir más atentamente que todavía no habeis llegado á ese punto de madurez y de ilustracion necesarias, para que podais saber sin indignacion, sin vergüenza y sin enojo

que no sois en definitiva más que unas bestias. Pero entretanto, Jouffroy os permite que lo ignoreis; y esa condescendencia hácia vuestra ignorancia os consiente por algun tiempo todavía la persuasion de que sois hombres: por ahora él solo está en el secreto.

Mas si Jouffroy, ha sido tan atento, Virchow, ménos escrupuloso, ha sido más franco. ¿A qué andar con tantos secretos? "Vivir no es más que una forma particular de la mecánica;" y hé ahí por la intervencion científica de otro filósofo á la bestia convertida en máquina.

M. Thaine, más inflexible todavía, no se concede ni el simple honor de ser un mero mecanismo; al contrario, declara terminantemente que el hombre es un producto como otro cualquiera. Para este libre pensador, que extiende su sabiduría por la tierra desde la *Revista de ambos mundos* "cada siglo, cada raza, cada clima han tenido su moral distinta;" por lo cual afirma con una sinceridad abrumadora que el vicio y la verdad son productos lo mismo que el azúcar y el vitriolo. Apénas se concibe el asombro de la naturaleza al encontrarse con el mágico poder de una química que hasta ahora le ha sido desconocida.

Mas Condorcet, como si quisiera conso-

larnos del cruel rigor de estas investigaciones filosóficas ha vaticinado que esa misma filosofía llegará en algun tiempo á encontrar y revelar al hombre el secreto para no morir.... Tenemos, pues, la eternidad en perspectiva; y preciso será ir pensando en ensanchar los términos de la tierra si ha de contener la interminable suma de las generaciones inmortales.

Mas, ¡ah! si el decreto de Condorcet se cumple, adios maravilloso sistema de Moleschott; la *circulacion de la vida* descubierta por la inaudita perspicacia de este filósofo, se veria paralizada, porque le es absolutamente indispensable la muerte para producir la vida. Oid sus propias palabras:

"¡Qué precioso era aquel polvo que los antiguos depositaban en las urnas cinerarias en el fondo de los sepulcros! Constituian la materia que da á las plantas *el poder de crear los hombres*."

"Bastaria cambiar un lugar de sepultura por otros, despues de haber servido un año, para obtener al cabo de seis ó diez años un campo de los más fértiles, *que crease hombres*, al mismo tiempo que aumentaria la cantidad de los cereales."

¿Dónde ha estado escondido hasta ahora el secreto de esta inaudita agricultura? ¿En

qué rincon oculto de la ciencia yacía ocioso ese prodigio de vegetacion humana...? ¡Oh ilustre profesor de la Universidad de Turin! si Condorcet no nos consigue la inmortalidad que en nombre de la filosofía nos tiene prometida, ¡cuánto va á deberte el hombre futuro...! ¡Entónces sí que será completamente libre....! Se hallará emancipado del dominio de los padres, de la esclavitud de los hijos, del yugo de la familia... Y tú, oh dulce y cara mitad del género humano, ¿qué dices á esto...? ¿comprendes la deplorable inutilidad á que te condena la ciencia de los filósofos modernos...? Moleschott, que tiene bastante poder filosófico para convertir la sociedad en un bosque, y el género humano en una selva, ¿qué destino te reservará su sabiduría? No es posible adivinarlo. Acaso te conserve como un lujo de vegetacion, como un adorno bello é inútil, como una flor tambien inútil y tambien bella.

Y hé aquí un prodigio aritmético que salta á los ojos: al mismo tiempo que Moleschott multiplica el género humano por medio de la agricultura, lo reduce hasta el punto de restar nada ménos que la mitad de la especie.

Todo es ya posible, porque para M. Renan no tiene límite alguno la inteligencia huma-

na; nada es superior al hombre. Así es que este filósofo, dirigiendo sus miradas á un horizonte más vasto, espera la aparicion de *un químico predestinado que trasforme todas las rosas;* la aparicion de *un biólogo que se haga al fin dueño del secreto de la vida.*

Y como si se sintiera poseido por el espíritu profético de su filosofía, exclama:

"¿Quién sabe si la ciencia infinita nos traerá el poder infinito...? Sí, el poder infinito, porque el poder del futuro sabio omnisciente puede llegar hasta resucitarnos. Podemos afirmar que la resurreccion final será obra de la ciencia."

Aquí me detengo absorto, oprimido por el peso de una impresion dolorosa; siento mi razon llena de angustia, de una angustia indecible, y puedo asegurar que me duele el alma.

II.

¿QUE SON?

Yo pregunto: ¿Estos hombres son unos sabios, ó son unos insensatos? ¿Me encuentro en presencia de una Academia de filósofos, ó delante de una jaula de locos...? Si analizara la sensacion que experimento, encontraria en ella horror, lástima y vergüenza. Horror, porque espanta la profundidad del abismo en que puede caer la inteligencia humana abandonada á sí misma. Lástima, porque no hay desdicha más grande que la ceguedad voluntaria á que se condenan los que toman por única guía la soberbia de su razon. Vergüenza, porque el desórden de semejantes delirios es la afrenta del entendimiento. Sí; horror porque es el caos; lástima porque es la locura; vergüenza porque es la embriaguez.

Ciertamente entristecen el ánimo el es-

pectáculo de tanto extravío, de tanta extravagancia y de tanto absurdo; no se les puede pedir ni más audacia, ni más fiereza, ni más frescura. Ellos, haciendo del talento que han recibido de la inteligencia suprema un uso inícuo, calumniam á la razon é infaman á la ciencia. Es la traicion de aquellos que vuelven contra su patria las armas que su misma patria les ha confiado; es la mano alevosa del hijo que se levanta contra el padre á quien debe el sér, la vida y la fuerza.

Mas no es entre las inteligencias superiores que acaban de bosquejarse por sí mismas, y que tan duras sentencias han merecido de Ciceron y de Descartes, de Rousseau y de San Pablo, donde yo me propongo buscar la fisonomía contemporánea del filósofo moderno. Yo no me siento con bastante fuerza para juzgar á los grandes hombres, y los abandono al juicio de los grandes hombres. Los talentos pervertidos y los genios extraviados son propios de todos los siglos, y yo no pretendo pasar del vulgo de los filósofos.

Dejo al maestro para trazar el perfil del discípulo; porque se me ofrece como una fisonomía propia característica de nuestra época.

No es un trabajo serio el que me espera, no; el perfil que distingo, y que ha de servirme de modelo, se presta más á los encan-

tos de la amenidad, que al dogmatismo de la crítica!

Si acierto á contornearlo como es, podreis sonreiros; y ¿quién sabe? acaso acabeis por entristeceros, porque, vamos, bien mirado el caso, no es enteramente un caso de risa.

Entre tanto, ya habeis visto lo que me atrevo á llamar la especie, y la habeis visto pintada por sí misma; otro dia veremos la figura. ¡Ah... si yo pudiera dibujarla con la fidelidad que la estoy viendo...! No obstante, voy á intentarlo.

III.

EL PERFIL.

La fisonomía que intento bosquejar en el curso del presente capítulo, ya lo he dicho, no pertenece á ninguno de esos séres raros que respiran la atmósfera de la sabiduría en las altas regiones de las ciencias humanas. No es un sér, digámoslo asi, abstracto, sino un individuo sumamente concreto. No es una de esas inteligencias que bien ó mal encaminadas buscan la verdad por amor á la verdad misma, y que sea como quiera, más oscuros ó más claros, más anchos ó más estrechos, pasan en el mundo por pozos de ciencia.

Precisamente el filósofo que tienta mi pluma en estos momentos, viene á ser todo lo contrario. Un sabio es al fin el resúmen de una biblioteca, hace de su memoria el archivo de todos los conocimientos humanos que el estudio pone á su alcance, y habla como

un libro. Con frecuencia su juicio se extravía, y á lo mejor, cargado con su fardo de ciencia, sale por los cerros de Ubeda. Muy bien; pero al fin es un sabio, funesto muchas veces, pero al fin sabio. No se le puede negar el mérito de haberse quemado las cejas durante todo el curso de su vida para perderse y para perdernos.

Nuestro filósofo es un sér más vulgar, más comun, y digámoslo así, más corriente; se le encuentra en cualquier parte, mejor dicho, se le encuentra en todas. Discute en los cafés, perora en los clubs, profetiza en los casinos, y echa tambien su cuarto á espadas en los ateneos. Es una especie de *bulle bulle* filosófico, un *corre ve y dile* científico. Su entendimiento no es una biblioteca; es más bien una cartera llena de apuntes en abreviatura que contienen medias ideas, medias frases, medias palabras; un cajon de sastre, donde se encuentran retales, recortes de todos los errores.

En 1834 se desató el furor de los versos lúgubres; la musa de los cementerios fué de casa en casa, y aquí uno y más allá otro, comenzaron á salir del polvo de la tierra generaciones súbitas de poetas más tristes que la misma muerte. Aquello fué una verdadera desolacion; parecia que el mundo se ha-

llaba en la víspera de su última catástrofe; no era posible vivir en aquellos dias sin morirse, todo era desesperacion, lamentos, suicidios, en verso, por supuesto. La poesía romántica inspiraba los más sepulcrales desatinos, y el que no tenía á su alcance un arpa en que llorar sus imaginarias desdichas en metros desaforados, casi no pertenecia al género humano.

Al fin se disipó aquella nube de trovadores que contristó la tierra; la epidemia pasó como pasan todas las calamidades, dejando en las huellas de su paso el gérmen de otra dolencia más desastrosa: la plaga de la filosofía. El furor métrico degeneró en furor político; brotaron por todas partes oradores, estadistas y hombres de Estado, partidos, grupos, fracciones; callaron las cítaras, para que resonara la voz de los tumultos, de las asonadas, de los pronunciamientos y de los motines, y apareció al fin el nuevo contagio: el furor filosófico; y hé aquí que todos somos filósofos.

A los desórdenes de la poesía siguió el trastorno de la vida pública, y no habia de hacerse esperar mucho tiempo el libertinaje de la ciencia.

Nos hallamos, pues, en el periódo álguido de este último acceso de la inteligencia inde-

pendiente. La dolencia ha penetrado en todos los espíritus; hace grandes estragos en los entendimientos enfermizos, y aprovecha fácilmente las predisposiciones de los vicios y de la ignorancia.

Descendiendo de las locas abstracciones de la sabiduría soberbia, ha penetrado en el vulgo de las inteligencias, bajando hasta la última hez de los instintos humanos.

No llameis orda salvaje á la *internacional* que os amenaza con sus devastaciones, porque en verdad no debe ser á vuestros ojos más que una asociociou de filósofos. Cada uno de ellos es la encarnacion de vuestra filosofía, la realidad moral de vuestra ciencia. Si vosotros sois los principios, ellos son las consecuencias. Detrás de las teorías los hechos, detrás de las negaciones los desastres, detrás de los errores los crímenes.

Esa es la última evolucion del *yo* en el tiempo y en el espacio; ese es el ejercicio, digámoslo así, científico de la conciencia libre, el acto supremo de la ciencia.

El tipo que se nos viene á las manos no representa una inteligencia que piensa, ni un brazo que ejecuta, ni es el error didáctico, ni el error práctico; es simplemente el eco del error. Es un filósofo, que es al filósofo lo que el mono al hombre, una mueca de *Vogt*

ó de *Renan*, la caricatura de *Voltaire* ó de *Krausse*, la burla de *Kant*, de *Fichte* ó de *Hegel*.

Ninguna señal exterior lo distingue del resto de los hombres; no encontrareis en su fisonomía rasgo alguno que lo anuncie; las vigilias del estudio no han trazado en su frente la línea de las meditaciones, ni la atmósfera de la sabiduría presta á su persona el aire reflexivo de los sabios. Lo vereis pasar muchas veces junto á vosotros, sin que podais presumir que aquello es un filósofo.

Mas debajo de la vulgaridad de las apariencias se esconde un verdadero *sprit fort*, un espíritu fuerte lleno de debilidades. El fondo de su razon es el abismo de la incredulidad; Dios es una manía del género humano, el orígen del hombre un cuento de viejas, el culto debido á la Divinidad pura supersticion, las leyes de la moral eterna meras conveniencias. Hé ahí el repertorio de sus conocimientos y el fundamento de toda su ciencia.

En verdad, no se necesita más sabiduría para ser imbécil ó para ser malvado.

IV.

SU CIENCIA.

Y bien; á todas estas soluciones definitivas que trasforman el órden necesario de la sociedad, que cambian por completo la naturaleza evidente del hombre, ha llegado de golpe y porrazo, de la noche á la mañana, por pura intuicion, por ciencia infusa; porque su biblioteca se encuentra tan vacía como su cerebro; ha recogido en las conversaciones de los cafés, en las discusiones de los ateneos y en las columnas de los periódicos, la parte más grosera de los delirios filosóficos, y hé aquí á la suprema ignorancia disponiendo á su arbitrio de Dios y del hombre, del tiempo y de la eternidad, del cielo y de la tierra.

La ciencia es su palabra favorita, su palabra decisiva; la ciencia humana que tanto se contradice y tantas veces yerra, lo sabe todo; la ciencia ciega ante los secretos de la vida

y maniatada ante los misterios de la muerte, todo lo puede; la ciencia, en fin, incapaz de crear nada, todo lo quiere.

Bueno: la ciencia; pero ¿qué sabe....? ¡Vana pregunta! Para llegar á las tinieblas no se necesita luz ninguna. Al error conducen dos caminos igualmente seguros: la soberbia y la ignorancia. ¿Qué ciencia necesita el hombre para ser ciego....?

Toda su filosofía, pues, consiste en hacer alarde de las incredulidades dominantes; toda su ciencia se reduce á negar; su sistema no es más que un sistema de negaciones.

Niega lo que debe á Dios, lo que debe á los hombres, lo que debe á la razon, lo que á sí mismo se debe, y en realidad no es más que un tramposo que liquida resueltamente el capital de su inteligencia negando todas sus deudas.

Penetrad en el fondo de su filosofía, y encontrareis allí la conviccion única y solitaria de que no le debe nada á nadie. A Dios, bah; él no le ha pedido la gracia de la vida; á los hombres sólo les debe disgustos, recelos, inquietudes y desconfianzas; á su razon ¿qué puede deberle? No encuentra en ella más que una mera espontaneidad de su sér; á sí mismo....¡ah....! á sí mismo se debe molestias, enfermedades, dolores, todas las

impertinencias de la vida y todo el horror de la muerte.

Ha tomado la incredulidad por ciencia y la impiedad por filosofía, y sin meterse en más averiguaciones, se ha declarado á sí mismo dueño del saber humano.

Todo lo que de algun modo se oponga á esta incredulidad sistemática y ciega, es á sus ojos preocupacion, manías, supersticiones, ignorancia. Pero, entendámonos: la incredulidad, que es el fundamento y la deduccion, el principio y la consecuencia de su filosofía, no pasa de ciertos límites; porque en verdad, lo que le niega á la sabiduría infinita, se lo concede generosamente á la sabiduría humana. Si por una parte despoja á la Providencia de sus eternos atributos, por otra se los otorga graciosamente á la naturaleza. Si su condescendencia filosófica llega al punto de admitir la existencia del espíritu, no la considera más que como emanacion de la materia, como un fenómeno químico, una cosa así como la llama que brota del fuego, como el sonido que se escapa de la cuerda herida, ondulaciones del organismo, vibraciones de las fibras agitadas por la vida; pues, un fenómeno semejante al de la espuma que se produce por las agitaciones del agua.

Una inteligencia suprema que todo lo crea, que todo lo dirige y lo gobierna, no es cosa que le cabe fácilmente en la cabeza, y prefiere la ley eventual del acaso ó la ley ciega de la fatalidad, porque en el caso forzoso de reconocer la realidad del Universo, no tiene empeño decidido en que se haya hecho á sí mismo ó en que sea el resultado de una causa cualquiera que desapareció al producirlo, ó que la materia activa, inteligente y eterna, sea á un mismo tiempo la causa y el efecto, la mano y la obra.

Todas las hipótesis, todas las extravagancias inventadas acerca de este punto, le parecen aceptables, admisibles..... porque, en fin, ¡quièn sabe! la ciencia ha no penetrado todavia en los últimos arcanos de la naturaleza. Lo que no concibe, lo que no cabe en el órden de su filosofía, es la existencia de un sér supremo, infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas. Fuera de este principio vulgar que se resiste á su razon filosófica, no hay delirio, digámoslo así, científico, en que no crea.

No le hableis del mundo sobrenatural, si no quereis despertar en sus labios la sonrisa de la compasion. ¡Los milagros! ¡Ah! su ciencia los rechaza y su razon los desmiente. El *Antiguo Testamento* no es más que

una leyenda; el *Nuevo Testamento* un hecho puramente humano; la ignorancia ha llenado la historia de prodigios y el mundo de supersticiones. No discurre de otra manera; pero en cambio su incredulidad espera el cumplimiento del anuncio de *Condorcet*, que profetizó la eternidad del hombre sobre la tierra por medio de la ciencia; cree en *Renan*, que bajo su palabra anuncia la aparicion de un *químico* extraordinario, cuyo poder llegará hasta realizar la resurreccion de la carne, y dobla la cabeza ante *Moleschot*, que ha descubierto en el polvo de los sepulcros la materia que da á las plantas el poder de crear hombres.

V.

SU CONCIENCIA.

Su incredulidad no puede ser más crédula. No profesa los errores de ninguna secta determinada; su capacidad en este punto casi no tiene límites, pues acoge indistintamente los desatinos de todas las escuelas. Así es que un dia lo encontrais *deista*, esto es, partidario de un Dios, insensible, indiferente, Dios nulo, perpétuamente dormido en el seno de la eternidad. Otro dia aparece *naturalista*, y fuera de la naturaleza no encuentra nada. De repente cae en las oscuridades del *panteismo*, y para él todo es Dios, ménos Dios. A la vez seducen su ignorancia las ideas *materialistas*, y hé aquì que se atribuye orgullosamente la ascendencia del mono, y no se concede otro fin más honroso que el del caballo. Tambien lo tientan las conclusiones *positivistas*, y entónces sencillamente cree en el *Dios Humanidad*, y con la mayor frescu-

ra, á renglon seguido de haberse declarado mulo, se erige en Dios.

Tal es la confusion en que se agita su ignorancia; noche oscura del entendimiento, en la que no penetra ni un rayo de luz, verdadero caos del alma.

Me atrevo á decir que su inteligencia ha contraido el vicio del error. Hay cierta concupiscencia de entendimiento en ese libertinaje de la ignorancia, porque á las disipaciones de la razon se acomodan muy fácilmente las disipaciones de las costumbres.

El sér moral que resulta de ese estado deplorable de la inteligencia, no es ciertamente un modelo de perfeccion: no se turba el entendimiento, sin que á la vez se turbe la conciencia. Un órden de ideas supone un órden de conducta, porque el hombre siente como piensa y obra como siente. La accion del error, obrando sobre la ignorancia, produce en la razon un terrible extravismo; todo lo ve del reves, y es más, se complace en verlo.

Claro está, sin embargo, que nuestro filósofo no ha llegado á esas nebulosas alturas de la sabiduría por un prodigio de estudio ó de génio, sino que más bien se ha encontrado en ellas suavemente impulsado por las debilidades que tan contínuamente nos solici-

tan. Todas las flaquezas de que adolece la especie humana, respiran allí su atmósfera propia; se puede decir que están en su elemento, que viven por derecho propio, cuya legitimidad, ya de una manera, ya de otra, ha venido á reconocer la ciencia.

Ya se ve; una filosofía tan amable, tan condescendiente, que desde luego nos autoriza á no reconocer nada superior á nosotros mismos y que deja á nuestro arbitrio el arreglo de la vida futura, no ha de ser más meticulosa respecto á la vida presente. Si nos concede lisa y llanamente la facultad de crear dioses á nuestro gusto ó de anularlos, segun nuestra voluntad, ¿con qué razon puede exigirnos rectitud en los sentimientos y moralidad en las acciones...?

Dejemos á los talentos superiores perderse en el laberinto científico de sus tenebrosas abstracciones; pero convengamos en que ese vulgo de filósofos que hormiguea lo mismo en los salones que en los talleres, lo mismo en las Universidades que en los garitos, se siente arrastrado principalmente por las seducciones de sus apetitos. Lo que hay en el hombre que más lo acerca al bruto, es lo que más pesa en la balanza de estos juicios humanos. Por una trasmigracion de la inteligencia solo concedida á la extrema ignorancia, el tipo que tenemos delante discurre

más con los sentidos que con el entendimiento. Suprimid las pasiones que subyugan, los vicios que encadenan, los instintos que degradan, y la filosofía de la razon libre perderá en el instante mismo el gran número de sus partidarios.

Si negando la evidencia del sol que nos alumbra, creyera librarse del calor con que ahoga en el verano, la negaria resueltamente y se quedaria tan fresco. En realidad, este filósofo no busca *la ecuacion entre el entendimiento y la cosa*, sino la conveniencia entre su razon y sus apetitos, la manera sencilla y verdaderamente cómoda de ser á un mismo tiempo libre é irresponsable. En una palabra; busca el secreto de dormir tranquilamente en medio de los desórdenes de su vida.

En todo rigor, puede decirse que es una cuestion de pura comodidad. La conciencia suele ser un juez demasiado severo; tiene susceptibilidades que nos ocasionan muchos disgustos, porque padece la manía de los remordimientos. Semejante huésped es bastante incómodo; se empeña en amargarnos los placeres más sabrosos, y no nos deja vivir en paz con nosotros mismos. ¿Qué hacer? El criminal la ahoga en el fondo de su alma, se tapa los oidos para no oir su voz, y

anda por el mundo en perpétua lucha con ella; unas veces es vencedor y otras veces vencido. Nuestro filósofo no acertaria á vivir sin conciencia; la invoca siempre que el caso lo requiere, y no se determina á proscribirla; pero su conciencia es al fin y al cabo una conciencia despreocupada, flexible, razonable; una conciencia que está á la altura de los adelantos del siglo, una conciencia libre.

Lo diré de una vez: es la conciencia humana convertida de juez en cómplice. No es el tribunal que condena, sino el jurado que absuelve.

Ahora bien; este hombre, ¿puede ser honrado?

Si os empeñais, no me opongo: podrá serlo; pero ¡cuán difícilmente conseguireis persuadirme de que puede ser virtuoso!

VI.

RASGOS DISTINTIVOS.

El absurdo atrae como el abismo, y el sér que bosquejamos no es una naturaleza privilegiada que pueda sustraerse al imperio de esta ley impuesta á la flaqueza de la razon humana y á la debilidad de nuestros sentidos; y el cáos de lo que me atrevo á llamar sus ideas, produce naturalmente el cáos de su lenguaje, porque habla una lengua en la que se halla trastornado el sentido íntimo de las palabras: llama valor á la cobardía moral del suicidio, á la soberbia dignidad, á los vicios necesidades, ilustracion á la libertad de las costumbres, derecho á la fuerza, ley al éxito, á la impiedad despreocupacion, fanatismo á la Fe. Vuélvase del revés el diccionario, y se obtendrá la idea exacta de su lenguaje.

Hay ocasiones en que el escándalo de las mujeres públicas que á todas horas se en-

cuentran en las calles principales de Madrid, obliga á las autoridades á recoger esos prospectos vivos del vicio por pura decencia. Entónces nuestro filósofo censura ágriamente aquel atentado contra el derecho individual. Toda su compasion se subleva en favor de esas pobres mujeres que especulan con sus encantos como otros especulan con su talento, que viven de ellos como viven los demas de su fuerza ó de sus negocios, de su patrimonio ó de sus rentas. ¿Acaso—pregunta—es ménos legítima la propiedad de la juventud y de los atractivos personales que la de una herencia? La civilizacion—añade—no consiente las proscripciones arbitrarias. Convengo en que se les sujete á una inspeccion higiénica, porque al fin *salus populi suprema lex;* pero sustraerlas de la circulacion, restarlas de la vida comun á que todos tenemos igual derecho, es una confiscacion que ninguna ley autoriza. No reconozco en la sociedad aptitud suficiente para perseguir á la naturaleza.

Así se explica. Mas no se trata de esos séres ciertamente infortunados que se revuelcan en el cieno del mundo; se trata en verdad de otras mujeres mucho más dichosas que han consagrado su vida á la oracion y á la penitencia; no se trata de recluirlas

por algunos dias, sino de exclaustrarlas para siempre; no es que se las obliga á ocultarse en sus casas por algunas horas, sino que se las arroja de ellas para que no vuelvan; no es que se las niega la calle, sino que se les quita la casa. Se trata, pues, de una comunidad de monjas que posee la celda en que habita, y el templo en que ora, y el cláustro en que se mortifica, con más títulos que los reyes sus coronas, con tanto derecho como el propietario su hacienda; mas llega un dia en que la autoridad allana el recinto sagrado de este hogar bendecido, y con la más sencilla naturalidad se apropia lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Aquí nuestro filósofo no puede ocultar la satisfaccion que experimenta.

¡Monjas!—exclama—¿y para qué sirven? ¿Qué beneficios traen al mundo esos séres fósiles encerrados entre los muros del convento....? En los siglos bárbaros han podido pasar á la sombra del oscurantismo esas mutilaciones de la *humanidad;* pero los adelantos del siglo las proscriben; la civilizacion reclama el concurso de todas las fuerzas sociales para realizar su grande obra, y la naturaleza se indigna de que así se defrauden sus derechos.

Estos dos rasgos determinan claramente

su fisonomía intelectual y su fisonomía moral; pero posee otro más inequívoco, porque la faccion dominante de su entendimiento es el horror.... el *horror á los curas.*

VII.

FACCION DOMINANTE.

Siempre encontrareis en él un fondo de amable indulgencia en favor de los falsos cultos. ¡Mahoma....! ¡Bah! Bien se pueden perdonar las falsedades del profeta por las delicias del serrallo; porque al fin, ¡qué demonio! la religion del alfanje promete un cielo bastante voluptuoso; si bien se mira, el paraíso que la civilizacion moderna nos tiene prometido, no es más que el eden de los musulmanes realizado sobre la tierra. Los judíos congregados en la Sinagoga son los restos de un pueblo que sobrevive, las ruinas de un monumento de la antigüedad, un objeto arqueológico. Ademas es una raza de mercaderes que se amolda perfectamente al movimiento mercantil del siglo; porque si áun esperan al Mesías, miéntras no llega, su Dios es el oro.

El pastor protestante, sea la que quiera

la secta á que pertenezca, podrá tener sus preocupaciones religiosas, pero al fin es un hombre que se casa, que turna, digámoslo así, entre la propaganda de la secta y la propagacion de la especie; es un hombre como otro cualquiera, que en sabiendo leer unos cuantos versículos de su Biblia, ha cumplido con todos los deberes de su ministerio. De sombrerero puede pasar á Obispo. En la aldea ó en el barrio en que vive no pasa de ser un buen hombre, que en realidad no ejerce ningun magisterio: su casa, su mujer, sus hijos y algunas hojas de su Biblia, hé ahí toda su teología. No es molesto ni á las flaquezas, ni á los extravíos de la naturaleza humana. Las costumbres que las arregle la policía; lo lícito y lo ilícito corresponde definirlo á las leyes civiles, y él no se mete en más honduras. Fuera de los furores puramente sectarios que pueda padecer, su fe es bastante tíbia, su conviccion carece del entusiasmo, del fuego en que se templan los sacrificios. No es un héroe ni será jamas un mártir. Nuestro filósofo no ve en esos cultos ningun peligro sério para la impiedad. Si su ilustracion filosófica le permitiera adoptar alguna religion positiva, viviria mejor bajo el papado de la

reina Victoria, que bajo el papado de Pio IX.

Pero no le hableis del sacerdote católico; porque no puede soportar la idea de su ministerio. Experimenta hácia las sotanas, lo mismo negras que purpúreas, una antipatía invencible. Parece que son los fantasmas que turban los sueños de su vida.... *¡Los curas....!* ¡Oh! no puede con ellos. Como Neron, desearia que no tuviesen más que una cabeza para cortarla de un solo golpe. No les perdonará nunca que impriman en el niño que acaba de nacer la gracia del bautismo, que absuelvan en el tribunal de la penitencia al pecador arrepentido, que tengan en sus manos el nudo sagrado de los lazos indisolubles, que sean ellos, en fin, los que levanten nuestro espíritu en la hora suprema de la muerte y bendigan nuestra sepultura.

La iglesia es la pesadilla de su razon y la desesperacion de su filosofía. Se irrita al verla sobrevivir á la muerte á que la tiene condenada *la ciencia*. Por todas partes le sale al paso; en la historia, en el arte, en las ruinas, en los recuerdos de lo pasado, en las agitaciones de lo presente, y en las esperanzas de lo porvenir, oye sus cánticos siempre augustos, tristes en los dias de las tri-

bulaciones, alegres en los dias de regocijo. La cruz, siempre la cruz, en las cúpulas de los templos, en el humilde techo de las cabañas, en la soledad de los caminos, en las puertas de los cementerios; la cruz en las regiones salvajes donde no han podido penetrar las conquistas de la espada, ni las conquistas de la ciencia; la cruz allí donde hay extragos que contener, corazones que amar, almas que redimir; la cruz multiplicándose por toda la superficie de la tierra, proscrita y triunfante, perseguida y á la vez vencedora.

Más aún: la cruz suspendida como signo de honor en el pecho de muchos que la ultrajan y de tantos como la denigran; la cruz como testimonio de verdad, como fe de juramento en los labios de aquellos mismos que la escarnecen.

No puede perdonarle su influencia en la familia, su importancia en la sociedad, su gloria en el mundo. No concibe cómo el siglo que todo lo sabe, que todo lo puede y que todo lo quiere, no ha podido todavía secularizar la fe. *Los curas*, esas *manos muertas* son las que mantienen viva en el fondo del hogar doméstico la rebelion contra los mandatos de la impiedad. ¡Se les empobrece y

no mueren! ¡se les persigue y no se acaban! ¡se les degüella y viven....!

Vedlo indignado contra la expulsion de los moriscos invocar en su favor la justicia, el derecho y las conveniencias políticas; pero á renglon seguido, ó mejor dicho, á la vuelta de la hoja, lo vereis aprobar, enaltecer, aplaudir la expulsion de los jesuitas.

Hemos pronunciado el nombre que acaba con el último resto de su paciencia. ¡Jesuitas....! ¡Ah! Esas sotanas y esos breviarios ambulantes que cruzan los mares y penetran en los desiertos, que buscan á los enfermos en los horrores del contagio, que persuaden, que enseñan, que predican, que convierten y que bendicen; que poseen los secretos de todos los conocimientos humanos, que propagan la fe, al mismo tiempo que la ciencia, son verdaderamente irresistibles. Asociacion tenebrosa que mina los caminos por donde marcha el carro de la civilizacion moderna.

Donde los veais perseguidos por la lengua, el escarnio ó el desprecio de la injuria ó de la calumnia, allí podeis decir que habla toda la ciencia del filósofo que os describo; porque la quinta esencia de sus conocimientos, el *summum* de su sabiduría, lo

más trascendental de su doctrina, es el horror á los *curas*.

Mas no se crea que su animadversion traspasa inconsideradamente todos los límites y arrolla en su furor los términos de todas las conveniencias. No; suele detenerse ante el respeto de ciertas consideraciones; alguna vez se trasforma el rencor en benevolencia y la injuria en alabanza.

Por ejemplo: puede encontrarse bajo la corona del sacerdote extravíos culpables, flaquezas de la miseria humana, algo ó mucho quizás de las corrupciones del siglo; y si al mismo tiempo encuentra la tolerancia, es decir, la complicidad que la perversion de las costumbres dispensa siempre á la perversion de las ideas, entónces no ven los ojos de su filosofía un *cura* intolerable, un *cura* odioso, ó un *cura* risible, sino un cura razonable; un cura á la altura del siglo, un cura ilustrado. Lo encuentra, digámoslo así, en su terreno, y ya no tiene inconveniente en estrechar su mano. ¡Qué satisfaccion para la ciencia!

Aun puede llevar más léjos su condescendencia, porque el sacerdote despreocupado puede á la vez ilustrarse hasta el punto de caer en la apostasía. Entónces sí que lo protege y lo admira. ¡Qué entusiasmo experi-

menta ante el espectáculo de esas tristes decepciones! Parece que necesita despreciarlo para no perseguirlo.

VIII.

MÉDICO.

Tal es la fisonomía interior de este filósofo, la extension de sus conocimientos y la índole moral que le sirve de gobierno. Krausista sin saberlo, *realiza su ciencia*, viviendo *abierto* de par en par á todos los goces que el mundo le ofrece, en amigable intimidad con la naturaleza, esto es, con la suya, en la cual solo encuentra las insinuaciones de sus apetitos. Como si la incredulidad ocupara todos los espacios de su entendimiento, suele carecer de otra aptitud. ¿Ha pasado por el cláustro de alguna Universidad...? Bueno; ha pasado. ¿Y qué? Todo pasa en el mundo. Tambien pasan en la circulacion de la moneda los duros falsos. ¿Ha salido de la Universidad con un título académico? Muy bien; pero hé aquí que los títulos académicos están en baja como los títulos de la Deuda. Representan ciento y solo valen trece.

Sale, pues, con un trece por ciento de ciencia médica; pero ¡ah! no lo ha pensado bien, porque le sale al paso un inconveniente que no habia previsto: la conspiracion teocrática le persigue: los enfermos le piden á su ciencia ¡qué desatino....! *curas*. Esta palabra se levanta ante sus ojos negra como la oscuridad de su entendimiento. ¡Ah! bien se puede morir todo el género humano; en su ciencia no hay curas ni para las más ligeras dolencias, y huye de los enfermos como de la muerte, y se refugia en la vida de los ateneos, de los cafés y de los clubs, en la vida donde hierve el movimiento filosófico de nuestro siglo; inmenso hospital de espíritus inválidos, en el que todos parecen incurables.

Pero, vamos, si no cura, á lo ménos visita. El enfermo padece mucho, y llama á Dios en medio de sus angustias.

—¡Dios....!—dice el médico con desden. —Medicamentos son los que hacen falta, no plegarias.

—¡Me muero!—exclama el enfermo.

—Buena tontería,—replica el médico.

—Quiero confesar,—añade con voz acongojada.

—¡Confesar!—repite el filósofo.—¡Bah! el que confiesa la paga. Ea, veamos el pulso.

Y pulsando al enfermo, arquea filosóficamente las cejas, y dice:

—Concentracion de la vida, exaltacion nerviosa. La naturaleza nos pide auxilio. Por de pronto hay que alejar de aquí todo objeto que exalte la imaginacion. Fuera ese Cristo que cuelga de la cabecera de la cama, ese relicario, esa estampa, esas velas; á las enfermedades no se las persuade con arrebatos místicos. El enfermo necesita mucho reposo, y no se le puede permitir que piense más que en la vida. Prohibo que entre aquí ninguna sotana; son negras y anuncian la muerte.

Dicho esto, receta y se va tan fresco. Pero la naturaleza estaba por lo visto de pésimo humor; se rie muy formalmente de los recursos de la ciencia, y el enfermo se muere. En realidad el caso no es raro; mas sea como quiera, si no ha podido devolverle la salud del cuerpo,ha intentado por lo ménos enfermarle el alma. Y el llanto sobre el difunto. Aquella noche desenvuelve en el ateneo, en el café, en el casino ó en las columnas de cualquier periódico la siguiente tésis: "Influencia perniciosa de las supersticiones en el desarrollo de las enfermedades;" ó en términos más claros: la impiedad es higiénica.

IX.

JURISCONSULTO.

De la misma manera que es médico puede ser jurisconsulto, porque en las Universidades del Estado hay títulos para todas las carreras, y es preciso que estos centros oficiales del saber humano tengan la manga ancha para que el bolsillo pueda ser hondo. Si ademas de los derechos de matrícula y grados y títulos académicos, se pidiese aptitud, aplicacion, estudio, los cláustros universitarios acabarian por quedarse desiertos. Acaso se deba negar grados, títulos y matrículas á aquellos que no los merezcan; pero ¿se ha de proceder del mismo modo con aquellos que los pagan...? Hay que tenerlo todo en cuenta. Bueno que un padre agote sus bienes de fortuna por dar carrera científica al hijo que ha de ser la esperanza de la familia; mas no ha de consumir el hijo los

mejores dias de su vida en el estudio de tantas asignaturas como se le exigen. La enseñanza oficial es cara, muy cara, convengamos en ello; mas por lo mismo hay que hacerla fácil. No está al alcance de todas las fortunas, cierto; pero en cambio se halla al alcance de muchas incapacidades. ¿Qué más se puede hacer por vulgarizar la ciencia? La sabiduría que nos invade demuestra así que por lo ménos no es una sabiduría de tres al cuarto. Ademas, estos centros de enseñanza, colocados en las grandes poblaciones, ofrecen una ventaja evidente: lo que el estudiante no aprende en los libros y en las aulas, lo aprende en las disipaciones de la vida alegre; si no sale hecho un hombre de ciencia, sale hecho un hombre de mundo.

Nuestro filósofo, pues, posee un título de licenciado en derecho. ¡Derecho...! Bien... idea abstracta, concepto metafísico, puro idealismo que se desvanece en las realidades de la vida. En rigor, no reconoce más derechos que *los derechos del hombre*. Esta es la base de toda su jurisprudencia. Acerca de lo tuyo y de lo mio profesa variedad de teorías; pero téngase en cuenta que en lo tuyo y lo mio no entra nunca lo suyo. Sin embargo, alguna vez le sonríe la idea de un Falansterio. Y ¿quién sabe? ¿No se-

rá la existencia de los Mormones el anuncio del estado definitivo de la sociedad humana?

Como criminalista lo encontrareis siempre furiosamente indignado contra la pena de muerte. La sociedad no puede disponer de la vida de nadie, porque ella no puede quitar lo que no da. Muy bien; mas entre los diversos conocimientos que forman la filosofía de este letrado no será difícil tropezar con algunas ideas de esgrima, con alguna nocion más ó mènos exacta acerca del tiro de pistola. En tal caso, una disputa en el café, una discusion de periódico á periódico ocasionan un lance, y aquí tenemos á nuestro filósofo imponiendo la pena de muerte, constituyéndose á la vez en juez y en verdugo.

Y si no le son favorables los caprichos de la fortuna, porque la sociedad no hace justicia á sus talentos, porque el mundo loco no repara en su génio, porque juega y pierde, porque la pobreza lo desespera ó la envidia lo envenena, resuelve muy filosóficamente que la vida es un peso insoportable, y concibe el proyecto de quitarse de en medio. Apela al suicidio; es un criminal que no encuentra verdugo y él mismo se ejecuta.

Difícilmente encontrareis en su corazon

la ternura de los afectos, porque, digámoslo sencillamente, el que no quiere á Dios, ¿á quién puede querer? Posee todo el egoismo de la sensualidad, y como en rigor no ve con más ojos que con los de la carne, la idea de la verdadera belleza está á oscuras en su alma.

¡La humanidad! ¡Oh, sí! *La humanidad!* Hé ahí su palabra favorita. No obstante, oidle y vereis qué mal piensa de todos los hombres; no se sabe si es que los odia ó los desprecia. Su entendimiento viene á ser,—como si dijéramos,—una noche en *Mabille*, y en sus conversaciones aparece siempre el *can-can* de sus ideas.

Acaso mireis en todas direcciones buscando el tipo que os presento como si se tratase de un sér raro, único, oculto en los rincones de la sociedad. No me sorprende: á fuerza de verlo ya no lo conoceis; os habeis acostumbrado á su presencia, á su trato, y no acertais á distinguirlo entre los demas mortales. ¿Dónde está? Aquí, allí, arriba, abajo, en todas partes; es el vulgo de la incredulidad, el somaten de la filosofía, la hez de la ciencia, la fisonomía contemporánea

más comun y más propia de la civilizacion moderna.

En verdad, no es el tipo de una especie, sino más bien la vera efigie de una generacion. Es la epidemia filosófica, el contagio científico; los más crasos errores incubados en la más crasa ignorancia.

CONCLUSION.

I.

LUZ.

Acabamos de ver los explendores con que el gran mundo ilumina el cuadro de la vida moderna, y las sombras con que la ciencia llena de oscuridades los entendimientos del dia. Por una parte, el espectáculo de las costumbres; por otra, el cuadro de las ideas.

Dos grandes disipaciones que forman el cáos moral en que nos agitamos: la disipacion de la vida por medio de los placeres; la disipacion de los entendimientos por medio de la ciencia.

Allí todos los apetitos; aquí todos los errores.

La gran ciencia proclama la doctrina, y el gran mundo la realiza.

De esta manera se unen el alma y el cuerpo de la sociedad en que hemos nacido.

Estos dos elementos se desenvuelven dentro de un mismo órden. Para la gran ciencia, lo más verdadero es el último error; para el gran mundo, lo más bello es la última moda. La ley de la novedad los lleva como de la mano.... ¿A dónde....? A todas las extravagancias del orgullo y del lujo.

En uno y otro se encuentra la doble libertad de la razon y de las costumbres.

Se puede decir que son las dos facciones más características de la fisonomía de nuestro siglo.

Suprímase ese conjunto de fastuosidades de que se compone la vida, siempre amena, del gran mundo, y los espectáculos perderian los más brillantes espectadores, y los éxitos sus más expléndidas comparsas.

Suprímanse, del mismo modo, los delirios de la ciencia libre, y toda esa inmensa ignorancia, ilustrada por los errores de la filosofía, caerá por su propio peso, y el siglo XIX quedará reducido á ser un siglo de poco más ó ménos.

Por precipitado que sea el paso con que caminamos á la dicha universal, el vulgo de las gentes no ha conseguido todavía deshacerse de la antigua preocupacion de que es-

ta vida no es más que un valle de lágrimas, y quieras, que no quieras, hoy por un motivo, mañana por otro, so pretexto de esa multitud de penas que aflije al género humano en su tránsito por la tierra, viven llorando, como si tal cosa, como si acabáramos de nacer, como si los adelantos del siglo no hubiesen hecho del valle de lágrimas un valle de delicias. Aun hay, pues, quien se aflije, quien padece, quien llora, quien se desespera; gentes que se mueren y gentes que se matan. Ahora bien; proscríbase la fiesta perpétua del gran mundo, ese anuncio permanente de las dichas que nos esperan, esa propaganda de lujo, de disipacion y de felicidad, y el resto de los mortales sucumbirá de pura tristeza.

Sería injusto negarle la influencia que ejerce en la vida moderna. Su ejemplo es una enseñanza contínua; más aún, un estímulo constante hácia todos los goces de la tierra, porque es el incentivo de todos los apetitos. Jamas sabremos agradecerle el afan con que trasforma á nuestros ojos los duelos en fiestas, las catástrofes en regocijos, las tristezas en alegrías.

Pocos años hace que acudió en tropel á buscar en París el placer de las emociones fuertes. Ya se vé; el París que se le ofrecia

no era el París de siempre: precisamente acababa de pasar por una terrible trasformacion; el gran *Mabille* del mundo civilizado se hallaba convertido en ruinas. Habia pasado por allí la tempestad de la guerra: Prusia habia estampado en él el sello de sus armas victoriosas, y se veía marcado por el hierro candente de la *Commune*. Aquel París tan espiritual y tan voluptuoso habia tenido que comerse hasta las ratas, para seguir viviendo.

Era preciso tener un bolsillo demasiado insensible para no acudir presuroso al gran teatro de la doble catástrofe, á llorar con lágrimas de oro los extragos producidos por los últimos adelantos de la química, de la física y de la mecánica, aplicados al arte glorioso de la guerra; arte absolutamente necesario para afirmar y sostener sobre la culta Europa el derecho individual ó colectivo, pero siempre ilegislable, del más fuerte. No podia ser persona de buen gusto la que al mismo tiempo no acúdiese á la capital de Francia á admirar los sorprendentes efectos del petróleo, considerado como agente luminoso en el primer ensayo del último acto de la civilizacion moderna.

Ello es que el gran mundo se despobló, si puedo decirlo así, y acudió presuroso á cubrir

con todas sus magnificencias las ruinas del desastre. Ciertamente era una novedad digna de su fausto. La catástrofe se convirtió en fiesta: París vendia caro el espectáculo de sus ruinas, y el gran mundo se apresuró á comprarlo: se acudia allí como á un teatro. Venía á ser como una exposicion algo más original que las demás exposiciones, como el estreno de una ópera ó como el *debut* de un cantante. Del estrago mismo, brotó inmediatamente la vida, la animacion, la alegría y las mismas ruinas, ennegrecidas por el incendio, debieron sonreirse, satisfechas de aquella ovacion del gran mundo.

¿Qué sería de la tierra que hoy pisamos si arrancaran de nuestros ojos ese pedazo de cielo que nunca se nubla?

Es la luz que nos ilumina.

II.

SOMBRA.

Pues volvamos la vista á la filosofía.

No es una ciencia adusta y severa que nos impone el deber de rendir homenaje á la verdad. Al contrario, es una ciencia condescendiente que nos autoriza á hacer de nuestra razon el uso que más convenga á nuestros apetitos. Suprimid la sombría luz de sus errores, y nuestro siglo se queda á oscuras.

No hay que quemarse las cejas en desenredar el hilo enmarañado de sus teorías. ¿A qué tomarse tan inútil trabajo? Cada uno de los sistemas filosóficos que nos ofrece es simplemente un *rompe-cabezas*. Todos sus principios se reducen á uno solo, á saber: el hombre es dueño absoluto de su razon, y puede hacer de ella mangas y capirotes. Esto es dogmático en la ciencia que llamamos moderna.

Una vez establecido el principio, las consecuencias se deducen ellas mismas sin necesidad de acudir al razonamiento, y las consecuencias son en resúmen, el estado moral en qué nos encontramos, que principalmente consiste en esta familiaridad que hemos contraido con todas las iniquidades; en esta transaccion contínua con toda perversidad. Aflojados los resortes de la conciencia, la maldad nos parece la cosa más natural del mundo.

Si en medio de nuestro triunfal camino nos viésemos sorprendidos por una gabilla de malhechores, imitando al cómico personaje de *la mansion del crímen*, les giñaríamos los ojos, les echariamos el brazo por el cuello y saldríamos del paso diciéndoles al oido: Eh.... chist.... Nos entendemos. Nosotros tambien somos ladrones.

Y esta holgura moral en que vivimos, esta amable condesendencia con que nos prestamos á todas las complicidades, y este dormir á pierna suelta en medio de los más grandes trastornos, es un beneficio que le debemos al espíritu filosófico de nuestro siglo, es el rasgo más característico de nuestra fisonomía.

Las agitaciones sistemáticas del mundo político, las degradaciones de las dignida-

des, el rebajamiento de los caractéres, la codicia que nos enciende y el egoismo que nos hiela, no están tanto en nosotros como en el aire que respiramos, son los frutos que producen las semillas sembradas por la filosofía; la deliciosa corrupcion en que tan fastuosamente nos revolcamos, no se puede decir que es un resultado puramente empírico, porque es en su conjunto la consecuencia científica de la filosofía moderna deduciéndose á sí misma.

En las academias, en las universidades, en los libros.... palabras, palabras, palabras.... En la vida de la sociedad, hechos, hechos, hechos. Las abstracciones de los ideólogos se traducen ya en la lengua comun del vulgo y su accion deletérea se siente lo mismo en los clubs que en los salones, lo mismo en los cafés que en las tabernas, en las artes, en la literatura, en la industria, en los negocios, en las leyes y en las costumbres. Ha penetrado hasta en el seno mismo de las familias, arrojando á nuestra propia consideracion el cuadro moral de la sociedad en que vivimos.

Ahora bien; suprimid esa esencia y habreis suprimido el espíritu que nos anima....

¿Qué haremos entónces de nuestra ignorancia?.... Quitadle á nuestro siglo el ho-

nor de esa ciencia que empieza en las universidades oficiales y acaba en la *Commune*, y adios civilizacion moderna.

Por una parte la filosofía de la razon libre nos dice:

"Hé ahí la ciencia."

Por otra parte el gran mundo exclama:

"Hé aquí la vida."

Y la ciencia se mete en nuestro entendimiento, y apagando la luz de la razon natural, nos dice de contínuo:

"Duda.... Duda."

Y el gran mundo abriendo los brazos, como si quisiera decir todo es mio, nos repite á cada instante:

"Goza.... Goza."

La última conclusion de la ciencia enaltece al hombre diciéndole:

"Tú eres tu propia divinidad."

La última palabra del gran mundo, parece que es esta:

"No hay más cera que la que arde."

Ahora bien; si la ciencia nos diviniza, ¿quién no cae de rodillas delante de sí mismo? Y en este caso las solemnidades del gran mundo, son el culto que nos tributamos.

Habrá quien diga que la duda es la sombra del entendimiento, y la embriaguez de los placeres, la tristeza del alma: ¿Y qué? El hecho patente que se nos manifiesta en el regocijo universal en que vivimos.

III.

BOCETO.

Tenemos, pues, bosquejados en el presente tomo los dos rasgos dominantes que dan á las fisonomías contemporáneas el aire que constituye su peculiaridad. Son las líneas fundamentales que distinguen al hombre de nuestro siglo, y que, digámoslo así, engendran la diversidad de perfiles que me he propuesto trazar en un nuevo volúmen.

Los tipos que al terminar este tomo ofrezco continuar en el que ha de seguirle no son enteramente originales, porque la especie humana no es en verdad nueva en el mundo, y sería difícil encontrar un modelo que no tuviere su fiiliacion en la antigüedad mas remota.

El hombre es siempre el mismo y no hay forma de hacerle variar de naturaleza. Pero aunque la familia es la misma, las especies varian segun la índole de cada época.

No hay el error que puede justamente atribuirse el mérito de la novedad ni vicio que pueda presentarse á nuestros ojos como cosa nunca vista; por consiguiente, sería una pretension excesiva el intento de apropiarnos la preeminencia de una singularidad, que dicho sea con franqueza, no nos pertenece.

Somos, por lo tanto, hombres como los de todos los siglos, modernos sin duda alguna, pero vaciados en el molde viejo. La sociedad que formamos no es ciertamente un conjunto que se salga del cuadro general de la especie humana para hacer rancho aparte, so pretexto de que es una especialidad en su género. Somos una sociedad pura y singularmente pagana, ignorándolo, y tal vez sin querer serlo.

Así es que los tipos que en ella sobresalen dándole cierto aspecto de originalidad, son tipos antiguos, pasados en cuenta, conocidos en todas las épocas, por más que varien los accidentes con que se nos presentan y las denominaciones con que se designan. Las especies son las mismas, aunque os parezca poco la manera de sus generaciones, digámoslo así, expontáneas, exclusivamente producidas por la fecundidad de nuestro siglo.

Mas á pesar de que cada una tenga su an-

tigua y respectiva genealogía, la civilizacion que disfrutamos vaciándolas en su molde particular, las revista de cierta originalidad, que es, como si dijéramos, el sello de la época, la fecha y la firma del tiempo presente.

Es presumible que si las generaciones que nos han antecedido en el curso de la vida levantaran la cabeza sorprendidas por el espectáculo que ofrecemos, dudarian al pronto de la fidelidad de sus ojos, y creerian haber resucitado en un mundo que jamas habian conocido.

Al primer golpe de vista no pasando de la capa exterior de las cosas, no se nos puede negar la originalidad. Somos unos personajes *sui generis*, cierto. Podemos hombrearnos entre nosotros mismos, ni más ni ménos que si fuésemos los fundadores de un nuevo linaje humano. Nuestro aire de desden hácia todo lo pasado, nuestro aire de proteccion hácia todo lo futuro, nos dan tan marcado aspecto de superioridad, que no podemos negarnos el valor de nuestra importancia en el mundo.

Casi estamos convencidos de que suprimida nuestra generacion, la especie humana permaneceria aún en el estado elemental, rudimentario de que la ha hecho salir nuestra

presencia en el teatro de la vida. No sé por qué especie de revelacion, hemos llegado á saber que están confiados á nuestras manos los destinos del mundo. Una omision en el órden de sucederse las generaciones, un olvido involuntario que nos hubiera dejado como cosa perdida en el fondo de la nada de que hemos salido, y la rehabilitacion del hombre sobre la tierra por medio de la civilizacion moderna habria sido imposible, porque échese por donde se quiera, ¿qué sería del progreso humano sin nosotros?

Nadie nos disputa la singular preeminencia de haber venido á ser sobre la tierra el principio y el fin de todas las cosas. Los que nos han antecedido no han hecho más que vivir; nosotros hemos venido á crear, y los que nos sucedan se lo encontrarán todo hecho. Hemos aplazado algunas soluciones científicas para el dia de mañana, pero no son más que unos cuantos problemas que se resolverán por sí mismos. Nuestra posteridad se pasaría la vida mano sobre mano, podría dormir á pierna suelta en el lecho de todos los placeres, y todo será entónces coser y cantar. La felicidad futura del género humano será obra nuestra.

El hombre, pues, de nuestro siglo, descubre, en efecto, una fisonomía particular, ó

por lo ménos, una expresion, que si es posible decirlo así, lo va señalando con el dedo. Su aire de superioridad y de suficiencia lo haría intolerable en cualquiera otro siglo, y hé ahí, sin duda, por qué ha nacido en el suyo.

En cualquiera situacion que se le sorprenda, de cualquier modo que se le mire, siempre nos da el mismo resultado:

Todo lo sabe, todo lo quiere y todo lo puede.

Parece que posee la tierra por derecho de conquista.

Si alguna vez se digna mirar al cielo, es como el conquistador que contempla el arco de triunfo que ha levantado á su paso la victoria.

Pues ¿quién le tose á él, teniendo, como quien dice, en su mano los adelantos del siglo?.... Corre como el rayo, vuela como el aire y nada como las olas. Todo espacio es suyo. Si no ha hecho ya excursiones á los diferentes planetas que giran sobre nuestras cabezas, es, porque asuntos importantes lo detienen por ahora sobre la tierra, y el órden es indispensable en su sistema, en razon á que primero es una cosa y luego otra; porque su actividad no tiene tiempo para hacerlo todo á la vez; pero entre tanto ha desamor-

tizado el universo, sacándolo de las *manos muertas* de la Divinidad y se ha incautado de la naturaleza como de casa sin dueño. La creacion ya es suya y puede ir de astro en astro y de planeta en planeta, como Pedro por su casa. Si pide la luna habrá que dársela, puesto que le pertenece. Así lo ha innovado todo, y todo lo que nos rodea parece nuevo.

Es un sér original, casi extraordinario y casi increible.

Tal es nuestro boceto.

IV.

ADVERTENCIA.

Del boceto rápidamente bosquejado en el capítulo anterior, salen, con ligeras alteraciones, en el movimiento de las líneas y los contornos, la variedad de fisonomías que nuestro siglo nos presenta con toda la originalidad que les corresponde.

Hemos convenido, con pasmosa seriedad, en que desde Adan hasta la revolucion francesa de 1783, el género humano ha venido andando á tientas, cayendo y levantando en el camino de su perfeccion, sin dar en el clavo esto es, sin encontrar la fórmula algo compleja con que resolver el árduo problema de lo que llamaremos la felicidad del hombre sobre la tierra.

Esta fórmula la ha encontrado al fin la filosofía en este *imperativo categórico:* REALIZA TU CREENCIA. Lo cual, traducido al castellano, quiere decir: Goza segun tus apetitos, hasta que revientes. El gran mundo es el ejemplo vivo de este principio filosófico puesto en accion. Ahora bien, el principio nos empuja y el ejemplo nos atrae; pero nos falta un tercer término indispensable para obtener la felicidad, que es la *x* del problema; esto es, *la realizacion de la esencia.*

Este tercer término es el medio de ejecucion, el requisito *sine qua non*, la realidad del oro. El oro, pues, como ahora ridículamente se dice, es el objetivo que atrae nuestras miradas y ocasiona nuestros afanes. Es, al mismo tiempo, el punto de apoyo y la palanca con que hemos de levantar hasta las estrellas el mundo de nuestra felicidad. Oro, y somos felices.

Pero bien; el oro no suele caer por la chimenea y hay que buscarlo esté donde quiera, y hay que adquirirlo sea del modo que sea.

Tal es el resorte que da movimiento á las figuras que componen el cuadro, propiamente dicho, de la vida moderna. Así es, que la primera figura que va á sonreirnos en las

primeras páginas del libro, que despues de éste nos espera, es la del *Economista*, especie de mago, que por medio de conjuros científicos hace brotar por todas partes rios de oro.

Detras del *Economista*, nos guiñará el ojo el *Bolsista*, personaje absolutamente indispensable para el alza y baja de los fondos públicos, como lo son los *puntos* en las casas de juego.

Detras del *Bolsista* aparecerá el *Banquero*, como expresion de la ganancia en toda la plenitud de un bolsillo bien repleto.

Más allá, de la misma manera que la muerte está en el último término de la vida, encontraremos la figura sepulcral del *Espiritista*, gran evocador de espíritus que habla con los muertos con la misma intimidad con que pudiera hablar con su vecino.

El hombre político es ciertamente el personaje más vulgar de nuestra época, y por lo tanto, el que parece más propio de ella, pero presenta bastante originalidad para que pueda quedarse en el tintero. Son muy curiosas las variedades que esta especie presenta y conviene conocerlas.

Debajo del hombre político como la semilla debajo de la tierra, descubriremos lo que

debemos llamar *el tipo anónimo*, ser misterioso que se multiplica en las entrañas de la sociedad, que lo sentimos y no lo conocemos, especie de mano invisible que penetra por todas partes; sombra realmente fantástica que se desvanece al tocarla y cuya existencia reconocemos no en lo que deja sino en lo que se lleva.

Necesitaremos una tercera série para diseñar otras fisonomías no ménos curiosas ni ménos propias de nuestra época.

El *Orador* de nuestros dias viene á ser poco más ó ménos el sofista bizantino de los últimos dias del bajo imperio, pero ofrece circunstancias particulares que le dan un carácter de actualidad incontestable. El militar vaciado en el molde moderno merece tambien una estátua, un busto al ménos en esta galería de especies contemporáneas.

A pesar de que la sociedad formada por la civilizacion moderna arroja de su seno á los reyes, como arroja el mar los cadáveres de los náufragos; claro está, despues de haberlos ahogado, todavía por la accion mecánica de un galvanismo especial, las testas coronadas se sobreviven, y sea como quieran andan, comen y duermen, únicas prerogativas que las constituciones entrantes les con-

servan, y no es posible negarles aquellos contornos que más particularmente los determinan dentro del cuadro de las fisonomìas más propias de nuestro tiempo.

Al terminar este ligero volúmen, hago la advertencia de lo que ha de verse en los sucesivos, para que el lector sepa con quién va á encontrarse. Teniendo en cuenta que debajo de estos bocetos no hay ningun nombre propio, porque yo no dibujo personas, sino especies.

INDICE.

PAGINAS.

I.—Cuatro palabras..... 3
II.—Vista exterior..... 7
III.—Vista interior..... 19

EL GRAN MUNDO.

I.—Fondo del cuadro..... 35
II.—Las primeras líneas..... 47
III.—Un tipo..... 61
IV.—El Conjunto..... 77
V.—Pedro Fernandez..... 91

LA GRAN CIENCIA.

I.—¿Es ciencia?..... 101
II.—Dios..... 105
III.—El hombre..... 109

IV. — Resúmen 113
V.—El alma 115
VI.—Criterio de verdad 119
VII.—No es ciencia 123

EL FILÓSOFO MODERNO.

I.—La especie 127
II.—¿Qué son? 135
III.—El perfil 139
IV.—Su ciencia 145
V.—Su conciencia 151
VI.—Rasgos distintivos 157
VII.—Faccion dominante 161
VIII.—Médico 169
IX.—Jurisconsulto 173

CONCLUSION.

I.—Luz 179
II. — Sombra 185
III. — Boceto 189
IV. — Advertencia 195

EL LAUREL.

Naciendo la mañana, alzábase pomposo
Con noble gentileza magnífico laurel;
Y dicen que la aurora al verlo tan hermoso,
Suspiró de contento y enamoróse de él.

Blandió el laurel sus tallos con arrogante brio,
Y cuando al cielo altiva la frente levantó,
Cayó sobre sus hojas tal lluvia de rocio,
Que al ímpetu doblóse y de placer gimió.

La brisa en tal momento, meciéndose ligera
En los espesos ramos, le dijo al resbalar:
—"Soy de la reina aurora la esclava mensajera:
Oye lo que en su nombre te vengo á confiar.

"Tu magestad brillante, tu juventud preciada;
El lujo de tus hojas, tu espléndido verdor,
La tienen por tu dicha de amor enajenada;
Yo traigo en mis suspiros las prendas de su amor.

"Y porque siempre viva y eterna en tu memoria
De su cariño tierno la gracia celestial,
Serás entre los hombres un símbolo de gloria;
La frente que tú ciñas tambien será inmortal.

Dijo, y en vuelo fácil, inquieta y bullidora,
Hácia el rosado oriente sus álas dirigió:
Cayeron nuevas perlas del manto de la aurora;
Se alzó el laurel de nuevo y el sol lo iluminó.

SELGAS.